

La vestimenta es la solemne indumentaria de las grandes matronas de esta época, con túnica, velo y manto. El Hijo carece de velo. Los pliegues son totalmente góticos, no permitiendo ver otra cosa que las puntas de los zapatos. Nos parece obra del siglo XIV o a lo sumo de finales del siglo XIII.

Estella, uno de los enclaves artísticos de Navarra, tenía su iglesia de Ntra. Sra. de Rocamador, pequeño templo del siglo XII, del cual sólo se conserva el ábside, contiguo al convento de capuchinos y fue capilla del albergue donde se hospedaban los peregrinos que iban a Santiago de Compostela.

Quercy en Francia era uno de los puntos de arranque del Camino de Santiago en Francia.

De una u otra forma, con la Reconquista se levantan iglesias con esta advocación en Burgos, Palencia, León, Salamanca, Extremadura, Córdoba, Sevilla, Huelva...

Lo más probable es que a nosotros nos llegara a través de los contactos con los caballeros que bajaban al avanzar la Reconquista. Muchos de ellos se asentaron definitivamente en nuestras tierras como los Loaysas, Paniaguas, Carvajales, Almaraces... Tenemos constancia de que, en 1120, Alfonso I el Batallador funda en Salamanca una iglesia y una cofradía bajo la advocación de Nuestra Señora de Rocamador. La repoblación de nuestras tierras serranas comienza a finales de ese siglo.

Otro dato revelador de la popularidad de esta advocación lo encontramos en el hecho de que, en los comienzos de nuestra literatura, se ocupen de ella Alfonso X el Sabio, en los Milagros de Nuestra Señora, y Berceo en sus Cantigas a la Virgen.

Tres localidades cacereñas la tienen muy especial devoción: Almaraz, Gargüera y Valencia de Alcántara. Ambas inicialmente tenían ermitas especiales, pero hoy están en los templos parroquiales. Se trata de tres zonas claves en la historia de la Reconquista y esto confirma nuestras afirmaciones.

En la historia mariana de Almendral, pueblo de Badajoz, se menciona al antiguo y suprimido convento de Ntra. Sra. de Rocamador, fundado en 1514. Pertenecía a la provincia Descalza de San Gabriel.

La imagen más antigua que en Extremadura lleva el título de Rocamador es la de Gargüera. Con ella nos hallamos ante una talla «que salió de las manos de un anónimo escultor del siglo XV, influido, sin duda, por los modelos flamencos de los Van Eyck» (F. J. García Mogollón).

La Virgen aparece sentada sobre un elegante trono con la efigie del Niño, descansando en la parte izquierda recogido por su brazo, mientras en la mano derecha se vuelve hacia su Hijo en actitud demostrativa.

La contextura de la Madre es señorial, elegante, de posible matrona, aunque no secundada por la fisonomía de su cara bastante más ingenua.

El Niño se presenta de pie, menos evolucionado y con apariencias más arcaicas que las de la Madre.

No conocemos las razones de la presencia de esta Virgen en Gargüera. Desde luego se trata de una talla anterior a las iglesias que hoy existen en ese lugar. Puede que haya desaparecido la primitiva ermita en que le rindió culto el poblado. Un poblado montañoso, serrano, apartado de las comunicaciones. Muy propio para haber tenido en algún momento un Rocamador importado por alguno de los caballeros que se acercaron hasta la recién fundada Plasencia, quizás devoto de lo francés o emparentado con aquella sangre.

En cualquier caso, creemos que es la talla que guarda más estrecha relación con la de Sangüesa, aunque ésta se nos presenta hoy con un aspecto mucho más rico.

La iglesia de Rocamador de Valencia de Alcántara es el más espectacular de los edificios del poblado, la podríamos llamar catedral de Nuestra Señora de Rocamador.

Su interior es de tres naves de cinco tramos y varias capillas laterales. Una obra gótica de los siglos XVI y XVII, menos su torre que es herreriana. En ella intervienen Pedro de Ybarra y Gaspar López.

Guarda importantes obras de arte como el retablo mayor de dos cuerpos y tres calles, el Cristo de las Batallas, atribuido a Berruguete, un cuadro de la Virgen Madre y los Santos Juanes de Morales. La Virgen es de finales del siglo XVI.

En este lugar contrajo matrimonio, en 1497, la infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos, con don Manuel el Afortunado, rey de Portugal. Posiblemente el sitio exacto de la ceremonia fuera una anterior iglesia sobre la que se levantó la actual.

En la plaza Mayor del poblado se encuentra la parroquia de la Encarnación, que nos ofrece partes anteriores quizás a la de Rocamador, pero también gótica. El Cristo de la Encarnación es una hermosa talla titular. En la iglesia destacan una serie muy interesante de enterramientos del siglo XV, igual que el mismo púlpito. Aquí pudo estar la antigua iglesia de Santiago.

El poblado en su conjunto es señorial, aristócrata, bello, donde destaca el llamado «Barrio Gótico», un conjunto de viviendas pequeñas entre calles angostas, donde también se alza el castillo, próximo a la parroquia de Rocamador.

Quizás se pueda hablar de una repetición de villazgo navarro en tierras extremeñas.

Almaraz, villa señorial, fue otorgada en señorío en 1343 a Juan Alfonso de Almaraz. Lógicamente se vio envuelta en las luchas nobiliarias de los Almaraces y Monroyes. Aún existe la torre del señorío en las afueras de la villa. También se conserva el rollo en las proximidades de la parroquia.

El templo parroquial, dedicado a San Andrés Apóstol, presenta dos partes desiguales. La cabecera se eleva sobre el resto y nos recuerda las pretensiones de levantar un templo mucho más ambicioso, que luego quedó muy distante de sus primeras intenciones. La portada meridional, muy hermosa, tipo clasicista y dos pares de columnas a cada lado, es del siglo XVII. La imagen de Ntra. Sra. de Rocamador se presenta vestida con un encanto de belleza singular. Su fiesta se celebra el primer domingo de mayo. Aún se conserva el ofertorio, pero se ha perdido la famosa romería hasta la ermita, donde se tenían danzas y festejos típicos.

Tenía su ermita propia, pero arruinada pasó a la iglesia parroquial. Recientemente ha sido restaurada la ermita.

La imagen actual es de vestir, obra de Luis Beltrán en 1818. Posiblemente nos hallemos ante el año del cambio de la imagen primitiva por la ahora actual.

BIBLIOGRAFÍA

Vicente Hernández García: *Almaraz. Un villa con historia*. Págs. 134 y ss.

Enciclopedia Espasa-Calpe. Letra R.

Varios Autores: *Santuarios Españoles*. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1995. Pág. 2334 (1).

Santuarios Marianos de Navarra. Volumen 3 de la serie. Ediciones Encuentro. Madrid, 1988. Págs. 99 y ss..

Revista Almaraz. Varios números de distintos años.

F. J. García Mogollón: *Imaginería Medieval Extremeña*. Edit. Extremadura. Cáceres, 1987. Págs. 83 y ss.

Varios Autores: *Monumentos Artísticos de Extremadura*. Edit. Regional de Extremadura. Consejería de Educación y Cultura, 1986. Págs. 599 y ss.

NUESTRA SEÑORA DEL CRISTAL VILANOVA DOS INFANTES (ORENSE)

Galicia nos sorprende con una gama de santuarios tan distintos, que no dudamos en calificarlos de únicos. Y con ellos de extraordinarias leyendas realmente singulares.

«Celanova es uno de los lugares que unen su fama a situaciones religiosas. Es la patria de San Rosendo, que fundó aquí su monasterio de San Salvador, en tierras que eran de su familia. Ahora es el orgullo del poblado porque puede calificarse como uno de los conjuntos artísticos más llamativos de Galicia. Majestuosa construcción que colma el oratorio mozarabe de San Miguel, una de esas joyas a las que ha respetado el tiempo desde su fundación hacia el año 940. «Fundación de las santas Ilduara y Adosinda, madre y hermana, respectivamente, de San Rosendo» (1).

A dos kilómetros de Celanova se encuentra Vilanova de los Infantes, cuyo nombre posiblemente se deba a que fue el solar de don Gutierre y doña Iduara, padres de San Rosendo.

De aquella época quedan muy pocos recuerdos y la historia de la Virgen es bastante más reciente. Sin embargo, ha sido uno de los temas que ha llamado más notablemente la atención de escritores, artistas e investigadores.

Su renombre se debe al santuario de Nosa Señora do Cristal. «Reverénciase esta santa imagen de Nuestra Señora en el Reino de Galicia, como a cuatro leguas de la ciudad de Orense, en el término de la villa de Villanueva, y a distancia de un cuarto de legua del célebre monasterio de Celanova, de la Orden del gran Patriarca San Benito, fundado por San Rosendo»

»Llábase del Cristal, porque con extraña maravilla está formada en lo interior de una columnilla o cilindro de cristal sólido, de poco más de tres dedos de alto (unos cinco centímetros), registrándose la imagen de Nuestra Señora por dos lados del Cristal, de la misma suerte que es, con las manos puestas delante del pecho, el manto azul y el vestido o ropaje encarnado, aunque las facciones del rostro no se divisan muy perfectas.

»Venérase la santa imagen en un tabernáculo de obra moderna muy bien ejecutada, y está colocada en una columna pequeña de plata sobredorada, con su coronación, y dos ángeles también de plata sobredorada a los dos lados.

»Hásele fabricado una capilla de piedra de sillería hermosa y capaz, cercada de un atrio de piedra, nuevo, con sus bolas y asientos, que rodea toda la circunferencia de la capilla» (2).

A tan llamativa imagen le corresponde una no menos llamativa leyenda.

«En el siglo XVII, por los años de 1650, trabajando un labrador en el campo, encontró el cristal con la imagen dicha de Nuestra Señora, y aunque advirtió la singularidad, no haciendo mucho caso de lo que por sí y por las circunstancias merecía igual admiración que aprecio, metió el cristal en la faltriquera y prosiguió su labor trabajando como antes: pero a poco tiempo advirtió que le iba pesando tanto, que no le dejaba fuerzas para poder moverse; y espantado de tan extraordinario suceso, sin saber ni pararse a discurrir lo que era, sacó el cristal de donde lo había guardado y le arrojó en el suelo, no haciendo estimación del favor que le hacía el cielo, con el que había aparecido acaso.

»Pasó al día siguiente por aquel mismo sitio una pastorcilla, y encontrando el cristal, le tomó en la mano, y viendo en él la imagen de Nuestra Señora, admirada de lo que veía, con más prudencia y advertencia que el hombre rústico, que no hizo caso de tal dicha, se fue de-

reacha al cura de la villa de Villanueva, a quien entregó el cristal, diciéndole el sitio en que le había hallado.

»Gozoso el cura con tal hallazgo, por el beneficio que el cielo hacía a aquel país, después de contemplar despacio la maravilla de estar formada la imagen de la Santísima Virgen dentro del cristal, consultando el caso con el obispo de Orense, le expuso a la pública veneración y corriendo la voz por los lugares cercanos, comenzó a concurrir gente, atraída de la noticia de un caso tan raro y de los milagros que el Señor se dignó obrar por aquella santa imagen de su Madre; y no sólo corrió la voz por el reino de Galicia, sino que llegó a la corte de Madrid, y el rey católico don Felipe IV, noticioso también del suceso, quiso verla y examinar si la imagen que se registraba dentro del cristal era obra de arte o efecto sobrenatural de causa prodigiosa.

»Llevo el cristal de orden del rey a la corte, y habiéndole visto Su Majestad y admirado la hechura y ropaje de la santa imagen, mandó que los más diestros artífices y lapidarios registrasen con gran cuidado el cristal, y depusiesen lo que les pareciese.

»Ejecutose la real orden y habiéndole menudamente considerado, hechas todas las experiencias necesarias, depusieron unánimes todos y conformes, que no podía haberse formado la imagen, que aparecía dentro del cristal, naturalmente, por ser sólido; y que registrado por todas partes y con la más exacta observancia, se hallaba ser todo una pieza, sin que apareciese hendidura, ni señal la más mínima de ella.

»Con tal examen y declaración se hizo más célebre la santa imagen, la cual vista y adorada de los mayores señores y señoras de la corte, se restituyó de orden del rey a su primer lugar; y fabricada la capilla, que dije, es tenida en gran veneración y visitada de muchos devotos, que por su intercesión alcanzan singulares favores» (3).

Hemos utilizado el amplio texto del padre jesuita Juan Villafañe, publicado en Salamanca. Lleva licencia del Excmo. Sr. obispo don Silvestre García y Escalona, con fecha de 29 de junio de 1726. El padre Villafañe había visitado detenidamente la ermita de Ntra. Sra. del Cristal en 1722.

Esta versión popular muy antigua, conservada y mimada por el pueblo sencillo, cuando llega a manos del escritor Curros Enríquez se enriquece de nuevos detalles entre los que destaca su origen en una tor-

menta de granizo caída en el lugar. Determina con exactitud el momento de los hechos en el año 1650.

El escritor, natural de Celanova, que escribía en el siglo XIX, contagiado del romanticismo de la época, aprovechó las bases de la tradición para elaborar una leyenda en el gusto de la época, localizada y protagonizada en el castillo de Vilanova y con los amores de jóvenes servidores, la hermosa Rosiña y Martiño, otro de los sirvientes. Pero un tercer criado Xan de Ventraces, ansiaba también el amor de la hermosa joven.

Frustrado en sus deseos calumnia a Rosiña, hasta crear la duda en Martiño, que llega a increparla y humillarla públicamente.

Rosiña, ya calumniada y destrozada interiormente, recibe la visita de la Virgen alentándola y rogándola que vaya al monte a cuidar su ganado y salga de aquel ambiente lo antes posible.

Enterado Martiño del destino de la mujer que atormentaba su imaginación, quiso olvidarla refugiado en sus trabajos de campo, destrozado interiormente por las dudas. Un día cualquiera de sus faenas será sorprendido por una tormenta que le obliga a refugiarse en el tronco de un árbol añoso. Allí en su interior escucha una voz que le dice: «Pura como un cristal».... «Rosiña pura como un cristal».... «Pura como un cristal».

Milagrosamente sale ileso de la tormenta y es el que encuentra por primera vez el cristal, consecuencia de la granizada. No comprende el mensaje y arroja lejos el cristal. Sería luego Rosiña quien lo hallaría de nuevo. Se convence de su contenido y comprende su significado, llevándolo luego al párroco.

En esa situación aparece en el monte cercano, clavada en una estaca, una lengua. Todos acudieron a descifrar aquel misterio, creyendo que se trataba de la lengua de un animal, hasta que llegó Xan de Ventraces demostrando por señas que era la suya.

Rosiña entretanto había ingresado en un convento. Cuando Martiño comprendió que las críticas tejidas alrededor de la bella y pura Rosiña eran burdas calumnias, ya era tarde. Olvidaba que, al profesar en un convento, los amores humanos quedan fuera por completo. Aún así, el viejo enamorado acudía a las tapias del monasterio pensando que también en Rosiña quedaría el rescoldo suficiente para volver don-

de él. Se equivocaba, porque el amor a Dios apaga por completo todos los otros amores.

Un día del mes de diciembre Martiño, desde las tapias del convento, esperaba siquiera contemplar unos momentos el rostro involuclable de aquella mujer. Esperaba. Hacía mucho frío. A él le devoraba la fiebre, Por un raro presentimiento había adivinado que en aquella ocasión o nunca. Allí seguía mirando. Esperando. Caía la nieve. La fiebre le abrasaba. Le devoraba. Poco a poco Martiño sentía que se acababa su vida. Ya no pudo moverse. Quizás no quiso moverse. Y allí cubierto por la blanca nieve había terminado su espera y su vida. Dios mismo le había puesto una mortaja blanca.

No cabe duda de que nos hallamos ante una bella leyenda romántica de Curros Enríquez. Cada uno tiene derecho a revivir en su interior los extremos básicos de sus leyendas. La imaginación del hombre y la religión, cuando se unen, son así de bellas. La única pena es que Curros Enríquez pasa por ser uno de los representantes del anticlericalismo gallego. No sabemos si en su interior pudieron hacer mella situaciones como ésta de la Virgen de Cristal.

La ermita donde hoy veneramos a la Virgen es un templo barroco, cuyas últimas reformas se terminaron en el siglo XVIII. La parte más bella y sugerente es la portada principal, donde luce la puerta clásica de frontón partido con capilla para una imagen, luego la ventana y sobre ellas se levanta una airosa torre de doble campanil de dos cuerpos, el segundo muy pequeño.

La imagen de la Virgen se presenta en un templete cubierto a modo de expositor, sostenido por columnas y rematado por una corona. En su centro se puede adivinar los hermosos rasgos de la imagen venerada.

La romería se celebra en torno al 15 de septiembre, fecha en que la iglesia venera los Dolores de María. Acuden devotos desde toda la comarca y de la misma capital de Orense. Todavía se bailan algunas de las antiguas danzas ancestrales de auténtico sabor gremial como es la danza de «zapateiros».

«La romería, en torno al santuario, es una de las más concurridas en la provincia y en toda Galicia» (4).

En el santuario se conserva un libro de milagros, donde se hallan reflejados verdaderos favores obrados por Dios a través de esta ima-

gen. Pero «en lo que esta santa imagen ha sido y es más prodigiosa, es en alcanzar de Dios sucesión a los casados que carecen de ella» (5).

Hemos dejado para el final los gozos que se recitan en la novena. La piedad con que trata la historia y la fe que excita en los creyentes nos parecen una obra extraordinaria:

En pequeño cristal encerrada,
Virgen Santa, tu imagen nos das.
A ti gloria, alabanza sea dada
Madre nuestra, Virgen del Cristal.

Escuchad, os Señora, los cantos
con que el pueblo celebra gozoso,
el hallazgo del Cristal que encierra
vuestra imagen y rostro amoroso,
esta imagen que es prenda sagrada
que nos dio vuestro amor maternal.

Pues tus ojos volviste benigna
sobre el pueblo que habita este suelo,
y tu imagen nos diste graciosa,
y con ella tu amor y consuelo:
la novena a ti dedicada
ofrecemos por tanta bondad.

Ved el campo entre cuyas arenas
aparece el cristal milagroso:
pastorcilla inocente lo encuentra...
Villanueva entonces gozoso,

esa imagen, exclama, sagrada,
es prenda mía, y don celestial.

Del Cristral milagrosa la fama
donde quiera se extiende, y sus votos,
sus personas y haciendas los pueblos
ya la ofrecen, diciendo devotos:
«A la imagen alcemos sagrada
templo digno de Su Majestad».

Ya se eleva frente al campo, en donde
se ocultara Cristal tan precioso,
edificio que lleva su nombre
de María el nombre glorioso:
santuario en donde adorada,
Virgen Santa, por siempre serás.

Venid pueblos, adorar la imagen
del Cristal que ennoblece este suelo,
aquí el pobre, el enfermo, el cuitado
hallarán pronto auxilio y consuelo:
venid, pues, a la imagen sagrada
en devota novena adorar (6).

BIBLIOGRAFÍA

- R. Otero Pedrayo: *Galicia*. Edit. Galaxia. Vigo, 1991. Pág. 384 (1).
Novena de Ntra. Sra. del Cristal. Vilanova dos Infantes. Parroquia. Págs. 22 y 23 (2) y (3). Pág. 27 (5). Págs. 18-20 (6).
Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Págs. 2252 (4).
 J. J. Cebrián Franco: *Santuarios Marianos de Galicia*. Ediciones Encuentro. Madrid. Págs. 228 y ss.
 J. Sendín Blázquez: *Mitos y Leyendas del Camino de Santiago del Sur -Vía de la Plata-*. Edit. Lancia. León, Págs. 173 y ss.

NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS ORENSE

La tradición monacal de Galicia, una de las más fecundas de España, nos sorprende con hermosos ejemplos de un pasado medieval, en el que los monjes asumieron un decisivo papel de cristianización y culturización ejemplares.

No se trata solamente de la llamada Ribera Sacra, sino de otros lugares importantes, que aparecen delante del peregrino como sorpresa gratificante. En pequeños núcleos de población, quizás en pleno campo, separados de las vías más transitadas, se levantan esos remansos de piedad y cultura que nos obligan a trascender a épocas y situaciones arcaicas, porque hoy resultan difícilmente explicables. Uno de estos lugares es el santuario de Nuestra Señora de los Milagros.

No debiera resultar extraño que la piedad popular, para comprender estas situaciones, se adentre en los dominios de la imaginación donde todo le resulta más asequible.

El santuario de la Virgen de los Milagros se halla sobre una pequeña elevación, en el valle de Medo, dentro de la comarca de Limia, allí donde los romanos tuvieron que romper sus maleficios, acompañado por unas gentes abonadas con facilidad a lo suprahumano y trascendente.

En las estribaciones de la sierra de San Mamed, que en algunas cumbres llega a los 1.618 metros de altura, rodeado de robles y eucaliptos centenarios, se elevan hacia el cielo las torres centenarias de tan magnífico santuario.

Las noticias escritas se quedan en los dinteles de la época moderna, cuando ya la vida del lugar se halla plenamente organizada con un culto próspero y reverente. Encontramos algunas alusiones en los siglos XIV o XV y muchas en el XVI y XVII. Pero en cualquiera de los dos casos se supone la existencia anterior de algún tipo de iglesia. Esta suposición es la que va a explicar la leyenda, compañera siempre de la historia.

En los primeros siglos de la época medieval, Galicia comenzó a ser un hervidero de banderías rivales, protagonizadas entre otros y principalmente por los nobles. Van a ser culpables de no pocos atrasos en

toda la región. En concreto ahora entran en juego los condes de Caldelas y Pena.

Entre los picachos de la sierra de San Mamed intentaban estos señores dirimir sus cuestiones en el campo de batalla, pero de forma muy desigual. Las tropas del conde de Pena eran muy numerosas, porque tenían que equilibrar la falta de razón frente a las fuerzas del señor de Caldelas. Convencidos de su justicia los servidores de Caldelas pelearon con tan crecida entrega, que, a pesar de la desigualdad numérica, terminaron por arrinconar y vencer a los de Pena. Los derrotados buscaron entonces refugio en las defensas naturales del monte Medo.

Durante la noche, además de rehacer el ejército y descansar, llegó en su auxilio el conde de Sandiás, convencidos ambos de que ahora serían irresistibles.

Al conde de Caldelas no le seguían quedando otros recursos que la justicia de su causa y la oferta al cielo para que defendiera a los que confían en él. Hizo así un voto solemne:

—Señor, Tú conoces la justicia de mi empeño. No defiendo mi persona. Defiendo la ley que debe imperar en estos reinos. Me acojo al amparo de tu Madre, que en la Cruz lloró la injusticia de tu muerte. Si alcanzo nuevamente la victoria, prometo levantar en este monte un templo, para que los siglos posteriores recuerden la defensa milagrosa que vas a hacer de nuestra causa.

La lucha fue encarnizada, cruel, sanguinaria, definitiva. Morir o vencer era el grito por los dos bandos. Y la victoria se inclinó por el lado de la razón, de la justicia, el bando de Caldelas.

El conde victorioso cumplió su voto y mandó levantar allí mismo una pequeña ermita para una imagen de la Virgen, que recibió el nombre de «Nuestra Señora de la Defensa». Recordaba el título de la plegaria con que la invocaron.

Los autores sitúan estos hechos en las primeras décadas del siglo IX. Algunos quieren que el conde vencedor aprovechara las ruinas de algún castro existente en el lugar, quizás con culto pagano, y que de esta manera fue cristianizado.

También es posible que las apetencias espirituales de San Rosendo llegaran más tarde a este lugar, cuando conociera el movimiento inicial del pequeño santuario.

A pesar de todo nadie pudo evitar que, pasados algunos siglos de fervoroso recuerdo, la ermita quedara relegada al olvido para terminar abandonada por los hombres, cuando a muchos de ellos se les olvidaron las noticias de la historia.

En esta situación es cuando vuelve otra vez a conocerse la intervención de la Providencia.

Una pastora del cercano pueblecito de Vide, mientras cuidaba sus ganados, encontró por casualidad una imagen pequeña de la Virgen, dentro de un añoso roble, que le servía de hornacina. Alegre por el hallazgo, llamó a otros pastores para que contemplaran el hecho. Muy contentos corrieron al pueblo para contar el hallazgo al señor Cura. Pero no les hizo caso.

Al día siguiente la pastorcita volvió al lugar y pudo ver que la imagen se hallaba en el mismo sitio. Desde el fondo de su corazón brotaron abundantes lágrimas porque no entendía la negativa del sacerdote. Cuando estaba sumida en la mayor tristeza, queda extasiada porque oye a la Virgen que mueve los labios y habla:

– Vuelve otra vez al señor Cura, porque ahora te va a creer. Le dirás más. Le dirás que tiene que levantarme aquí una capilla.

El impacto de la emoción debió ser de tal calibre que la muchacha, sin pérdida de tiempo, marcha al pueblo y busca al sacerdote, «que según cuentan vio algo extraordinario en la candorosa aldeana y le dio entero crédito».

En seguida llamó a algunos de sus mejores feligreses y compañeros y todos juntos subieron al lugar, guiados por la pastorcilla. El encuentro resultó como ella había dicho.

El sacerdote inmediatamente tomó la decisión de llevarla para su parroquia de Vide. Improvisaron una procesión y entre cantos de júbilo intentaron marchar al pueblo. Mas, ante los ojos estupefactos de todos, en un momento dado la imagen desapareció.

Rehechos de la embarazosa situación, volvieron a buscar en el añoso árbol y allí encontraron nuevamente a la Virgen.

Comprendieron todos que se trataba de una señal clara, indicando que la Virgen quería recibir el culto allí mismo donde apareció. Algunos incluso entre los más viejos, recordaron la vieja tradición de

que en el mismo lugar sus antepasados habían dado culto a otra Virgen que se recordaba con el nombre de Nuestra Señora de la Defensa.

Muy pronto, para venerar a la imagen, estuvo edificada una primera y pequeña ermita, origen del santuario actual.

La iglesia que ahora conocemos es realmente grandiosa. La fachada de piedra impone sus llamativas características monumentales. En el centro la puerta principal coronada por una especie de balcón a modo de altar con una imagen de la Virgen en piedra policromada y escoltada por dos gigantescas torres laterales, con un remate central de Cristo Salvador. Siguen otros dos cuerpos laterales en los que se repiten puertas, estatuas y torres, aunque más pequeñas. Estas imágenes representan a San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen. Rematan los áticos San Martín y Santiago.

El interior se halla formado por tres naves con tribunas y bóvedas de media naranja. El centro se reserva para camarín de la venerada imagen.

Los planos de la obra se atribuyen a fray Plácido Iglesias, monje arquitecto de Celanova, con cuya iglesia guarda bastantes concomitancias. Comenzaron las obras en 1731.

El verdadero impulsor de tan magna obra fue el propio obispo Muñoz de la Cueva, secundado por los ermitaños del lugar Antonio y José Garrido.

El ambiente para la construcción se caldeó a partir de la curación milagrosa de un paralítico en 1728.

Por ese prodigio y por otros gestos milagrosos, la Virgen recibirá el nombre de Ntra. Sra. de los Milagros, como ahora se la conoce.

Al encargarse del culto los padres paules en 1869, se asoció el título tradicional al que esta congregación religiosa predica en todo el mundo: «La Milagrosa».

Aunque la fiesta principal se celebra los días 7 y 8 de septiembre y esas fechas se convierten en una efusión de fervor y de festejos desbordantes, es durante todo el año cuando se aprecia mejor la fe de todos los gallegos por su «Santiña».

Las peregrinaciones, con frecuencia, son multitudinarias y penitenciales. Las gentes a pie y a veces descalzas cumplen sus votos por los permanentes favores que se consiguen a través de esta imagen.

Antes existía la piadosa costumbre de caminar con alguna piedra al hombro, que luego era depositada en los llamados «Humilladoiros». La costumbre arranca de los momentos de la construcción del templo que duró 37 años. Las sencillas gentes, cuando acudían a visitar a su Virgen, aportaban piedras para levantar los muros.

Ahora el acceso cómodo y por carretera es muy fácil desde varios sitios. Para los que viajan por la N-525 se pueden tomar las desviaciones en Verín o Xinzo de Limia. La distancia desde Orense es de treinta kilómetros.

BIBLIOGRAFÍA

- Juan José Cebrían Franco: *Santuarios Maranos de Galicia*. Ediciones Encuentro, Madrid.
Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1875.
Antón Pombo: *Galicia. Nueva Guía*. Anaya, Madrid, 1994.

VIRGEN DE LA CALLE PALENCIA

Pocas leyendas son tan originales como la de la Virgen de la Calle, patrona de la ciudad de Palencia desde el 2 de abril de 1947.

Cuando Palencia se hallaba en el mejor proceso de su formación moderna, en el que ahora se dice barrio antiguo, un panadero calentaba su horno en pleno invierno. Entonces el único sistema conocido era a base de leña, que por la boca del horno se iba introduciendo paulatinamente según las necesidades.

El panadero en cuestión, en el momento álgido de su trabajo, quiso meter dentro del horno un grueso tronco, que se resistía sin saber por qué a entrar en las llamas. Harto de tanta maniobra, agarra el leño y en medio de una letanía de palabrotas lo arroja furioso a la calle.

En el mismo instante de caer en la calle el tronco, incluso un tanto chamuscado, se oye un trueno pavoroso acompañado de un espernante

relámpago. Por lo inmesperado y cercano del suceso el panadero queda asustado, pensativo, mirando lo sucedido, cuando oye una voz clarísima que dice:

—«A la calle me echan, de la calle me llamaré».

Perplejo, tembloroso, mirando hacia el leño de donde venían las voces, contempla horrorizado que lo que había tirado a la calle no era un simple tronco, sino una imagen de la Virgen con el Niño entre los brazos.

Cuando reacciona llama a gritos a los de su casa. Luego llegan las autoridades y todos se sienten testigos de que algo milagroso ha sucedido. Serenados los ánimos, tal vez ya con la presencia del elemento religioso, todos coinciden en que aquella imagen debe ser venerada con el nombre que ella misma se había elegido.

Con tan original leyenda, los palentinos quieren justificar el culto primitivo de su Virgen Patrona.

La imagen inicialmente fue venerada en un antiguo santuario ya desaparecido en la calle de San Bernardo, contigua a la calle de las Panaderas. La Virgen recibía el título de la Purificación o Las Candelas. Hay datos ciertos de que en el siglo XV ya existía en la ermita una cofradía en honor de esa Virgen.

Pero resultaba que «en el pequeño santuario había dos imágenes. Una llamada la pequeña o de los milagros, situada en el altar mayor y propiedad del cabildo: otra, propiedad de la cofradía, situada sobre la puerta de entrada y por tanto, en la calle».

«Las gentes se detenían a saludar a esta imagen —la de la calle—, cuando las puertas del templo estaban cerradas, cuando pasaban por aquella calle o cuando no disponían de tiempo para pasar al interior de la ermita.»

«Esto contribuyó a que paulatinamente fuera sustituyéndose la primitiva denominación por la de Nuestra Señora de la Calle» (1).

«El origen de esta devoción en Palencia se remonta, por lo menos a la primera mitad del siglo XV, como puede deducirse de un Libro de Acuerdos del Municipio (años 1447 a 1476), conservado en el Archivo Municipal donde se habla de una reunión en el palacio o sede de Santa María la Candelaria» (2).

En esta situación se hallaba la ciudad cuando acertó a llegar hasta allí Santa Teresa de Jesús, empeñada en reformar su orden y llenar de nuevos conventos la nación. Aprovechando el popular ambiente pidió al cabildo la donación de una casa que poseía en las cercanías: «Está en el pueblo una casa de mucha devoción de Nuestra Señora, como ermita, llamada Nuestra Señora de la Calle. En toda la comarca y ciudad es grande la devoción que se le tiene y la gente que acude allí» (3).

Además de esa casa, no sin dificultades, adquirió la santa otro edificio contiguo. Incluso sintió una voz interior que alentaba su propósito, porque la ermita inicial no parecía reunir las cualidades que exigía la auténtica y numerosa piedad que la ciudad demostraba a su Virgen.

A partir de esta situación y gracias a la fundación se inició un proceso de renovación permanente que culminó en el siglo XVII, levantándose un templo digno, el que actualmente sirve de iglesia al colegio de La Salle.

«Unos años más tarde —el 16 de mayo de 1613— se colocaba la primera piedra de la actual iglesia —que hoy se usa como capilla del colegio de La Salle— y se inauguraba este nuevo templo el 23 de septiembre de 1618, siendo obispo de Palencia, fray José González Díez. El autor de los planos de este templo fue Francisco de Praves y el arquitecto constructor Juan Gutiérrez del Pozo» (4).

Mas al llegar la expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III, se trasladó la imagen a la iglesia que dejaron ellos. Era el 5 de noviembre de 1769. El nuevo templo es una construcción del siglo XVI, levantada a expensas del influyente obispo y gran limosnero don Francisco de Reinoso, abad de Husillos y obispo de Córdoba.

El templo muestra una fachada realmente monumental, que culmina en una espadaña y que da paso a una nave interior amplia y rodeada de capillas, donde lucen principalmente altares barrocos. El crucero lleva cúpula rebajada y la nave bóveda de cañón con lunetos. Es una obra del siglo XVII construida en el estilo jesuítico de máxima capacidad. El proyecto inicial es de los jesuitas G. Valeriani y Fernández Bustamante. Fue pensada para colegio de la Compañía.

Preside el culto la imagen de la Virgen, a la que el pueblo llama cariñosamente «La Morenita». Es una talla pequeña de 41 cm de altura,

muy propia del siglo XV, y que se eleva gracias a una peana barroca del siglo XVII. «A nivel del pecho y en actitud sedente descansa el Niño Jesús desnudo con un libro abierto entre las manos y reclinado sobre el brazo izquierdo de la Virgen, que recoge con la diestra sus pies» (5).

«El atributo del libro representa a Jesucristo Legislador. Hay que destacar que el Salvador no descansa directamente sobre las manos de Ntra. Señora, sino que éstas se cubren con los bordes del manto» (6).

La Virgen lleva túnica que «aparece cubierta en gran parte por el manto que cae desde la cabeza hasta los pies. Recogidos los bordes por entre las manos se prolongan hasta la rodilla formando pliegues. En la coloración predominan los tonos dorados con una cenefa en los bordes de líneas onduladas, color rojo» (7).

«Con posterioridad al 13 de junio de 1635 se incorporan a la imagen los atributos del misterio concepcionista: los rayos en derredor del santo icono y la media luna a sus pies» (8).

La Virgen está colocada en el centro de un conjunto barroco sobre el que descansa la imagen: cuatro ángeles sobre cuyos hombros se apoyan las andas y la peana propiamente dicha en forma de nube rodeada por un coro de ángeles. Todo ello es muy propio de los albores del siglo XVIII (9).

Se adorna en los días de fiesta con una magnífica corona realizada en los talleres de Maese Calvo de Burgos.

El siglo pasado conoció un fervoroso resurgir de Palencia a su Virgen de la Calle, un proceso ascensional que se inició a raíz de la declaración del día 2 de febrero como fiesta local por el Ayuntamiento de la Segunda República. La precede una donde la asistencia de fieles es extraordinaria. Además es venerada en los momentos y acontecimientos más notorios de la vida de Palencia. Una de las fechas culminantes fue la coronación canónica en 1952, por monseñor Cicognani, entonces nuncio de Su Santidad en España.

El sentir de los palentinos se recoge en su himno.

Aquí tienes a tu fiel Palencia
De la Calle Virgen amorosa,
Que por Reina te aclama, gozosa,
Y te pide, Madre, protección.

El amor que os profesa Palencia
Ha plasmado en hermosa corona,
Que en un día de triunfo, Señora,
A tus sienes de Reina ciñó.

Como el oro y las piedras preciosas
Que engarzadas coronan tus sienes,
Así, Madre, los hijos que tienes
Vivirán junto a tu corazón.

A su paso el Carrión y el Pisuega
Mensajeros de nuestra grandeza,
Cantarán a otras gentes proezas
De esta tierra de ensueño y de paz.

BIBLIOGRAFÍA

- Santuario Palentino. Ntra. Sra. de la Calle, Patrona de Palencia.* Apuntes para la historia. Pág. 1 (1). Pág. 2 (2). Pág. 3 (3). Pág. 4 (4). Pag. 5 (5) y (6). Pág. 6 (7). Pág. 7 (8) y (9).
Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Pág. 2233.
Alfredo J. Ramos: *Castilla-León. Nueva Guía.* Anaya. Madrid, 1994. Págs. 285 y 288.

NUESTRA SEÑORA DEL CORPIÑO PARROQUIA DE SANTA BAIA DE LOSÓN (PONTEVEDRA)

Galicia nos deslumbra con sus singulares historias más que leyendas, que carecen de parentesco con las otras del resto de España. Una de ellas es Nuestra Señora de O Corpiño, en castellano del Corpiño.

Los hechos nos parecen alucinantes y se desarrollan en un amplio espacio de tiempo, si creemos a la narración que, fechada hace más de cien años, encontramos en la parroquia de Santa Baia de Losón, firmada por el párroco don Luis Fondevilla. El relato tiene varias partes distintas y distantes.

En el siglo VIII vivió en las estribaciones del monte Carrio, en el extremo este del desierto de Carboeiro, un ermitaño que se dedicaba a predicar la devoción a la Virgen. Aquí llegarían luego los fundadores del monasterio de Carboeiro. Para entonces ya había muerto el solitario predicador, quedando sus restos olvidados en la cueva que le sirvió de albergue y sepultura.

Cuando el cuerpo fue hallado, no sabemos cuanto tiempo después, lo encontraron incorrupto. Una situación que se juzgó sobrenatural por los caritativos vecinos, que recordaban sus predicaciones. Por ello encima de la sepultura también levantaron en su honor una pequeña ermita, puesta bajo la advocación de San Cipriano.

Posiblemente estos primeros agradecidos testigos y artífices de los hechos, cayendo en la cuenta de que el cuerpo del monje era muy pequeño, lo llamaron «corpiño», cuerpo pequeño. Nombre con el que también fue designado el lugar.

Pocos años después llegó hasta aquellos lugares la invasión de los árabes que en el Sur había comenzado en el 711. Una situación que olvidó la endeble construcción que terminaría por arruinarse.

Pasaron muchos años de olvido. No sabemos cuantos. Fueron más bien siglos, porque la nueva historia nos va a trasladar al siglo XVI para unos, al siglo XII para otros. Los datos los sigue ofertando el mismo don Luis fondevilla, párroco de Santa Baía de Losón.

Unos niños pastores de San Pedro de Losón cuidan sus rebaños en los montes cercanos, cuando inesperadamente se ven rodeados de una horrenda tormenta de truenos, relámpagos y agua, tan propias del mes de junio. Sobrecogidos de terror las inocentes víctimas buscan refugio en las ruinas de la antigua capilla, muy familiar para ellos, porque se entretenían no pocas veces jugando entre sus derruidas paredes. Nada más entrar, esta vez se sienten inundados por una luz misteriosa irradiada por una imagen de la Virgen, que sostiene a su Hijo en la mano izquierda y empuña un ramillete de flores en la derecha.

La visión los sumerge en un letargo contemplativo tan profundo que se prolonga hasta el atardecer, hasta el punto de que los ganados, pasada la tormenta y cercana la noche, regresan solos a sus casas, con la consiguiente extrañeza de los padres, que tienen que salir en su busca y los encuentran contentos todavía en las ruinas.

Aunque los reprendieron seriamente, los niños se sienten felices, inundados de un gozo especial, pero guardando el pacto a que se habían comprometido para no decir nada a nadie.

A la mañana siguiente, madrugando más de lo acostumbrado, dirigen sus ganados al mismo sitio. Allí esperaron confiados la aparición que volvió a repetirse a una hora parecida. La reacción gozosa de sus

corazones inocentes fue la misma del día anterior. Insensibles, el tiempo se les olvida y los ganados retornaron solos a sus cabañas.

Viendo que las amonestaciones no producían efecto alguno, los padres les castigaron severamente, sin que para nada sirvieran las disculpas de sus hijos.

Como las conductas se repetían y los castigos seguían creciendo, dos de los protagonistas, las dos niñas, una de Abraldes y otra de Portillo del Carrio, no pudieron resistir la presión y hablaron:

«En el mismo monte hemos visto nosotras a la Señora y nos habló con mucho cariño diciéndonos que hiciésemos la señal de la cruz.»

Pero los padres no dieron crédito a sus palabras y las tomaron por una estudiada disculpa. No obstante permitieron que los niños volvieran a las ruinas y esta vez regresaron contando todos «las maravillas y prodigios que tenían lugar en aquel recinto».

Por fin, en los padres comenzaron a surgir dudas sobre su conducta y a creer que sus hijos eran protagonistas de algo extraordinario. Por eso tomaron la prudente determinación de observarlos, aunque fuera desde lejos y sin ser vistos para nada.

«Una vez allí quedaron atónitos de los vivos resplandores que, saliendo de la cabaña del ermitaño, alumbraban como un nuevo sol aquellas montañas. Poseídos de temor y respeto no sabían qué hacer, ni atrevíanse a dar un paso para cerciorarse de dónde procedían aquel fenómeno y misterio, y determinaron volverse a sus casas.»

Temerosos de que al divulgar lo que habían contemplado se convirtieran en objeto de burla por parte del vecindario, optaron por guardar también ellos silencio.

Para afianzar sus convencimientos quisieron asegurarse de que cuanto habían visto era verdad y no alucinación, creyeron conveniente observar nuevamente a sus hijos. Y ahora sí. No se trataba solamente de los resplandores que contemplaban, sino que en su interior sintieron una fuerza sobrehumana que les empujaba a relatar los hechos y demostrar la santa veneración que embargaba sus corazones.

Lo contaron a todos. A todos los vecinos sin distinción. Pero ahora los que fueron tachados de visionarios alucinados fueron los padres. La defensa de sus convecimientos les llevó a crearse incluso enemistades. Pero como los afectados insistieran en sus propósitos y en sus conduc-

tas, se añadieron ya unos cuantos vecinos que se trasladaron al lugar de los hechos y ellos mismos fueron testigos de lo mismo de que se habían mofado.

«Por fin no dudaron los vecinos de que todo aquello era obra de Dios y que aquella señora que veían los pastorcitos era su Madre Santísima que venía al monte del Corpiño por amor a los hombres y por la infinita misericordia de su Hijo.»

Quedaba, sin embargo, el capítulo de la autoridad eclesial, que lógicamente no podía aceptar sin más los hechos por la responsabilidad que contraería. Por ello el sacerdote designó a una piadosa anciana para que ella hiciera valer su posible testimonio. Después de prepararse y recibir la Eucaristía «se fue a la ermita y, haciendo oración, se le apareció la Virgen como a los pastores con el Niño en el brazo y el ramillete de flores en la mano».

«Llena de gozo y dando gracias a Dios por tan señalado favor, dio cuenta al párroco y a los vecinos de los cuales recibiera la misión de averiguar la verdad de aquel suceso.»

Como el sacerdote y un gran gentío se trasladaran a comprobar lo que interiormente no aceptaban, su desencanto fue total porque no pudieron comprobar cosa alguna.

Quizás por eso se tuvo que convocar a todo el pueblo y optando por acudir confiadamente al lugar, el cielo les dispensó el inesperado protagonismo de un fausto suceso en favor de la misma parroquia de Losón.

«El 24 de junio del año citado acudieron innumerables gentes de la comarca y saliendo en procesión solemne desde la iglesia a la ermita tuvo lugar una nueva y última aparición de la Virgen en presencia de todo el pueblo que, postrado en tierra, prorrumpió en llanto de gratitud y amor a la Emperatriz de los cielos que desapareció de la misma manera que había aparecido, haciéndose invisible y confundiéndose con la atmósfera, a la manera que en el aire se engendra una nube o se disuelve en tiempo de verano.»

A partir de ese momento todo fue fácil, hermoso y rápido. Se construyó una primera ermita. Encargaron una imagen, reflejo de las características que proporcionaron todos los videntes. Se fundó una co-

fradía de devotos. Y comenzó la celebración de fiestas recordando el fausto acontecimiento de ese 24 de junio.

Las palabras entrecomilladas, ya decimos que tienen 130 años de antigüedad y las líneas del relato las seguimos al pie de la letra. Sin embargo, es posible el tener que aceptar algunas circunstancias de los hechos como parte de una evolución legendaria, ya que el relato tiene muchas cosas en común con otros de la época. Pero existen circunstancias puntuales muy ciertas, que nos llegan por otros caminos: «Frente a la ermita, a menos de un kilómetro, se encuentra la iglesia parroquial de santa Eulalia de Losón, de hermosa traza románica, construida en 1166, y en ella una inscripción de la fecha en que se da ya por existente nuestra ermita de Corpiño» (1).

Algo que nos demuestra que en el fondo hay posos de una gran verdad sumergida y velada entre tan hermosos ropajes literarios. Creemos sinceramente que allí hubo una intervención sobrenatural, como otras muchas que se han sucedido a lo largo de la historia y que se seguirán sucediendo.

A partir de ese siglo XVII, hay una serie de hechos históricos que demuestran la importancia del santuario como las prolongadas disputas entre los vecinos de Santa Eulalia de Losón y los de San Pedro. Testimonio muy significativo de la importancia creciente del santuario.

En 1743 comienza la construcción de la nueva iglesia, cuya primera etapa culminaría en 1802, pero que vuelve a reanudarse en 1867 para dar al templo el aspecto que hoy tiene.

Nos hallamos ante un edificio barroco, aunque austero, en cuya fachada principal se asienta una especie de torre campanil donde se alojan las campanas. Siguen después las ahora tres naves del templo para terminar en una especie de cubos donde se levanta una espadaña.

El retablo mayor de la cabecera, barroco, está pensado para albergar a la Virgen en su centro, con el correspondiente camarín posterior.

La imagen actual, también barroca, sumamente bella, se adorna con vestidos bordados muy elegantes, con el correspondiente manto de lujo. Calca la descripción de las apariciones con el Niño en la mano izquierda y un ramo de flores en la derecha.

«El santuario ha sido y es aún centro de intensa devoción y culto mariano. Allí acuden gran número de fieles, desde lugares muy leja-

nos, de manera especial el mes de mayo; pero sobre todo los días 23 y 24 de junio, en que tiene lugar la romería, sin que falten entonces incluso festejos profanos y típicos» (2).

El santuario desde la antigüedad es visitado preferentemente por enfermos que sufren enfermedades nerviosas, incluso por aquellos que antes se consideraban poseídos por espíritus demoniacos. Existía un ritualismo especial para este tipo de enfermedades. Ciertamente muchos han vuelto totalmente curados de estos tipos de dolencias. «Hasta tal punto que, en razón de tan importante afluencia de enfermos de este tipo, procedentes de las cuatro provincias gallegas, el santuario goza, con carácter permanente, de especiales licencias diocesanas en lo que se refiere a exorcismos» (3).

En la antigüedad el santuario tenía sentido de convocatoria regional, como otros muchos santuarios españoles, porque, además de lo religioso, los pueblos, pequeños generalmente, necesitaban fiestas donde se dirigían al cielo presentando sus intereses comunes, felices o desgraciados, intercambiaban sus productos, se conocían y proyectaban nuevos amores de supervivencia. Los cortijos y aldeas tenían muy limitada la expansión amorosa que encauza sabiamente la naturaleza.

Para prevenir los desmanes de lo profano se levantó el amplio recinto de piedra que rodea la actual iglesia.

Al juzgar hoy el pasado no podemos aplicar los comodines de nuestras fáciles comunicaciones, sino que tenemos que pensar en las multitudes de personas que se desplazaban a pie y durante varias jornadas.

Las fiestas más importantes siguen teniendo como centro los días 23 y 24 de junio, festividad de San Juan Bautista, pero que aquí coinciden con la populosa y última aparición de la Virgen.

Otras fechas señaladas son 25 de marzo, fiesta de la Anunciación y Encarnación y 8 de septiembre fiesta de la Natividad de María.

Pero el festejo más interesante lo aportan diariamente los muchos creyentes que en el silencio diario acuden al santuario para conectar con lo divino a través de la Nosa Señora do Corpiño.

BIBLIOGRAFÍA

- Santuarios Españoles*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2249 (1), (2) y (3).
- J. Sendín Blázquez: *Mitos y Leyendas del Camino de Santiago del Sur*. Ediciones Lancia. 1996. León. Págs. 191-194.
- J. J. Cebrián Franco: *Santuarios Marianos de Galicia*. Edic. Encuentro. Págs. 166-176. En esta obra se puede encontrar el relato de don Luis Fondevilla en toda su integridad.

SANTA MARÍA DE NÁJERA LA RIOJA

Nájera es un nombre evocador, con brillantes páginas en la historia, capaces en algunos momentos de emular los mejores fastos de la misma Navarra, a la que ha estado muy ligada en la antigüedad. Durante siete generaciones, en los siglos X y XI, ha sido capital del viejo reino de su mismo nombre.

El Codex Calixtinus, primer itinerario importante del Camino de Santiago, ponía aquí el final de la cuarta etapa de su camino. Aún ahora los peregrinos se detienen en esta ciudad, porque además del refugio para descansar, pueden encontrar bellos monumentos artísticos, entre los que destaca sobre manera Santa María la Real.

En 1052, don García, hijo de Sancho el Mayor, el gran rey naja-rense, fundó el monasterio y la iglesia de Santa María la Real. Posteriormente se agregó un hospital para peregrinos.

Una fundación a la que la tradición ha revestido de una excepcional leyenda, como corresponde a tan ilustre fundación. «Va unida a un episodio de cetrería, muy repetido en la Edad Media. El rey de Navarra, persiguiendo a una perdiz (otros dicen una paloma), un día del año 1044, penetró en una cueva, en la que halló peregrina imagen de la Virgen y, transportado de devoción, fundó el monasterio, que entregó a Cluny dedicándolo el 12 de diciembre de 1052, con magna ceremonia, a la que asistieron sus hermanos don Fernando I de Castilla, don Ramiro I de Aragón y don Ramón Berenguer de Barcelona. El templo no estuvo acabado hasta cuatro años después» (1).

El desarrollo de la historia es entrañablemente delicioso por su sencillez:

Don García había salido de caza. Las demasiadas guerras de su reinado le permitían o mejor le exigían algunas de estas jornadas necesarias para relajar los espíritus.

La caza de aquellos tiempos para las nobles era la de cetrería, donde se daban cita jinetes, rapaces y presas inocentes junto a la destreza y habilidad de los participantes.

El escenario de la caza eran las tierras cercanas al río ahora llamado Najerilla, donde se mezclan llanuras, árboles y altozanos.

En un momento inesperado voló una paloma e inmeditamente los ayudantes soltaron el halcón correspondiente. Todos esperaban un rápido desenlace porque la paloma suele tener un vuelo más pausado que la rapaz que la perseguía. Pero ante la sorpresa de todos la paloma volaba y volaba mucho más allá de lo nunca visto. El halcón la seguía y a pesar de su vuelo, siempre más rápido, no la daba alcance.

La inocente avecilla, al sentir cercanas las garras de su enemigo cruzó el río y se escondió a lo lejos entre la arboleda próxima a la montaña.

Allí se perdió de vista ante los ya extrañados ojeadores, que no podían comprender cómo una pieza de ese calibre había prolongado tanto su vuelo.

Los jinetes cruzaron el río y se internaron en el bosque azuzando una y otra vez a sus perros, para que cobraran la presa. Curiosamente no detectaban ni el menor rastro.

El rey, muy extrañado por lo raro de la escena, puso especial empeño en conocer el desenlace de los hechos. Seguido de sus servidores buscó hasta el final de la arboleda, donde se topó con una cueva, oscura y profunda. El halcón descansaba en una de las rocas de la puerta.

Todos coincidieron en que allí se había refugiado la víctima. Pero curiosamente los perros no daban señales del rastro. Por eso mandó encender las teas nocturnas que llevaban siempre en prevención por si les sorprendía la noche. Luego se internaron en la cueva.

A la luz de las antorchas quedaron estupefactos: En el fondo de la pequeña caverna se encontraba una imagen de la Virgen, con «una olla o terraza de lirios a sus pies e iluminada por una lámpara junto a la que se acurrucaba la paloma».

«Ello le incitó a construir una iglesia y a fundar la Orden de Caballería de la Terraza, la más antigua de España.»

Quizás por todo esto el primitivo nombre de la imagen fue el de «Santa María de la Terraza» (2).

Desde luego «todos los elementos de la leyenda pueden admirarse aún hoy: la imagen románica de Santa María, la olla, la lámpara bizantina y la propia cueva» (3).

El templo y el monasterio primitivo, consecuencia directa de los hechos, fue construido según el gusto de la época, de sencilla traza románica, dentro del cual tenía cabida la cueva del hallazgo.

Don García lo dotó espléndidamente y fue consagrado el 12 de diciembre de 1052, en una brillante ceremonia a la que asistieron Fernando I de Castilla, Ramiro I de Aragón y Ramón Berenguer de Barcelona, hermanos del rey.

De la importancia del lugar nos habla el hecho de que de Santa María la Real llegaron a depender 85 monasterios e iglesias con sus correspondientes territorios y que por lo tanto pagaban los obligados diezmos.

Inicialmente lo ocuparon clérigos de la regla de San Isidoro y su iglesia se consagró en 1056. En 1079, Alfonso VI lo entrega a sus amigos de Cluny, sin reparar en la protesta del pueblo y del obispo, que como consecuencia trasladó su sede a Calahorra.

Del primitivo complejo apenas queda nada, porque en el siglo XV, debido al auge de peregrinos que descansaban en la abadía, se tuvo que levantar una iglesia digna de las exigencias y de la historia que le correspondía.

La iglesia actual fue reedificada en estilo gótico entre los años 1422 y 1453. Tiene tres naves con bóveda de crucería y el crucero con bóveda estrellada. La cabecera es de tres capillas rectangulares.

La base del templo se apoya en la montaña y se extiende en esta dirección para dar cabida a la cueva.

El claustro es una gran extensión rectangular, quedando la iglesia al lado izquierdo. Una de sus partes más bellas es el claustro de estilo gótico florido, ejecutado entre 1517 y 1528.

Como piezas importantes del interior encontramos la capilla de la Vera Cruz. El panteón de Reyes y varios sepulcros como el de doña

Blanca de Navarra y López de Haro. El coro y la imagen de Santa María.

La capilla de la Cruz fue edificada en el siglo XIII por doña Mencía López de Haro. Guarda varios sepulcros de diferentes épocas.

El Panteón Real, reconstruido en el siglo XVI, se halla a los pies del templo. En él se encuentran los sepulcros de unos treinta reyes. Destacan los de sus fundadores don García y su esposa doña Estefanía, del rey Sancho el Noble u su esposa Placencia de Normandía; los de Sancho Abarca y su esposa, doña Urraca; el de Bermudo III de León y el de Sancho VI el Sabio de Navarra.

El coro de estilo gótico avanzado es una pieza relevante de cincuenta sillas, ejecutado hacia 1492 por Andrés y Nicolás de Amutio, con interesantes recuerdos jacobeos en varios de los respaldos.

La imagen de Santa María la Real se venera en el centro de un magnífico retablo barroco. Es el lugar donde la leyenda señala la aparición. Representa a la Virgen sentada con el Niño también sentado en su pierna izquierda y sostenido por el brazo del mismo lado. Lleva la mano derecha levantada para mostrar una rosa. Por eso también se la conoce con el nombre de «Virgen de la Rosa».

A pesar de su actitud sedente la imagen revela unas dimensiones muy estilizadas, que se aprecian con mayor facilidad en el Niño. Sumamente bella y cuidada, de una elegancia poco usual para la época, nos induce a creer que nos hallamos ante una obra del siglo XI, de clara influencia bizantina, anterior por lo tanto a las exigencias del románico, bastante más tosco. No sería la única de estas características en la región.

Otros piensan que la imagen actual es de los siglos XIII o XIV, porque la anterior desapareció cuando las primeras reformas de esa época y por lo tanto nos hallaríamos ante una imagen gótica.

Durante siglos, el monasterio ha funcionado ejemplarmente irradiando luz, piedad y ayuda, sobre todo, a los peregrinos que marchan a Santiago. Al independizarse de Cluny en el siglo XVI, amplía su labor asistencial conociendo un etapa hegemónica en la ruta jacobea. Desgraciadamente con la Desamortización sufrió toda clase de destrucciones y atropellos, hasta el punto de que los religiosos tuvieron que abandonarlo. Un abandono que duró desde 1835 hasta 1895.

En 1895 se hacen cargo los franciscanos, que están llevando a cabo una gran obra de restauración y por supuesto, han vuelto a potenciar su labor de asistencia a los peregrinos.

Estamos seguros de que, aún los más exigentes, pueden pasar aquí una jornada inolvidable. No en vano se hallan ante un monumento nacional desde 1889.

Con la devoción y popularidad de esta Virgen, está relacionada la Orden de la Terraza o de Santa María de la Terraza, primera orden militar, fundada por el rey don García y que toma nombre de la jarra o terraza hallada junto a la Virgen. El distintivo era un collar de oro o plata con la imagen de la Virgen y un jarro de cinco azucenas. Se concedía a ilustres caballeros y era obligatorio el lucirla todos los sábados del año. De aquí nacería luego la costumbre de saludar a la Virgen los sábados y rezar la Salve. Costumbre ahora universal extendida por toda la Iglesia.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario Espasa. Letra N. Págs. 945 y ss. Pág. 946 (1).

El Camino de Santiago. El País-Aguilar. Móstoles (Madrid), 1991. Págs. 101-102 (2) y (3).

El Camino de Santiago. Guía del peregrino. Edit. Everest. León, 1985. Pág. 58.

El Camino de Santiago. Edit. Everest. León, 1989. Págs. 71-72.

VIRGEN DE VALVANERA LA RIOJA

Fascinante, llamativa, señorial y desde luego religiosa y pía, ha de ser calificada la historia que gira en torno a la Virgen de Valvanera, patrona de La Rioja.

Para buscar los comienzos de tan venerada imagen hay que remontarnos a la penumbra de unos siglos poco definidos, cuando se nos asegura que un bandolero, conocido con el nombre de Nuño Oñez, harto de sus tristes avatares, con la muerte incluso de personas sobre

su conciencia, se retira, solitario y penitente, a una cueva perdida entre las estribaciones de la cordillera de la Demanda. Su única compañía, una fuente que manaba en el interior y que llamaron luego Fuente de Nuño.

La cueva se hallaba situada a cuatro kilómetros del actual poblado de Anguiano, en un caserío o barrio que por eso se empezaría a llamar «Barrio de las Cuevas».

El mismo furor que antes puso en su vida depravada, lo quiso demostrar ahora en el rigor penitencial de su entrega eremítica. Entre oraciones y sacrificios, el arrepentido penitente esperaba una señal del cielo declarándole que sus pecados estaban perdonados.

Fue como siempre la Madre de Dios, quien escuchó a su transformado hijo y vino a responderle de manera excepcional y sorpresiva.

En sueños, le pareció tener la visión de un ángel que le mandaba buscar una imagen de la Virgen, escondida en la oquedad de un alto y viejo roble. Debía caminar en dirección al mediodía. El cielo quiere que se le rinda culto en este lugar. Y ésa es tu penitencia, se le decía, buscar esa imagen y levantar la ermita.

No era nada fácil la empresa porque entonces aquello era un bosque casi impenetrable y en el robledal de Valvanera existían muchos árboles con esa tipología. Había que buscar entre la espesura casi impenetrable. Varias jornadas agotadoras para regresar a la cueva sin encontrar el preciado tesoro. A quien conozca este tipo de vegetación no debe extrañarle mucho: Los robles en lo alto y todo tipo de maleza en el suelo.

Por fin un día en su trabajada búsqueda se topó con un árbol añoso donde anidaban las abejas. Una fuerte y especial inspiración interior le aseguró que allí debía encontrarse la imagen que buscaba. Las abejas, pensaba, están sirviendo precisamente para que a nadie se le ocurra buscar entre ellas la Virgen escondida.

El sitio envidiable al lado del roble estaba regado por una hermosa fuente de agua cristalina, que nacía abundante allí mismo. De ella ahora dicen los habitantes del lugar que siempre ofrece el mismo caudal. Será en adelante regalo de dioses y distintivo del santuario porque se llamará la Fuente Santa de la Virgen. Aparece brotando de sus pies, bajo el camarín, y de ella beben devotos cuantos se acercan al lugar.

Enterados los pocos habitantes de las cercanías comenzaron a rendir culto a la Virgen y pronto, entre todos, la levantaron un pequeño habitáculo.

Imagen y penitente tenían su propio hogar. Las sencillas gentes de la comarca acudían a venerar a la Virgen. Ella sabía corresponder con gracias y milagros portentosos. Entre las personas que vinieron hasta allí se encontraba una hermana del propio Nuño, ciega desde hacía tiempo. Ante el asombro de todos recobró por completo su visión.

Muy pronto se acercó a este lugar un sacerdote por nombre Domingo, cuya aportación iba a resultar providencial. Quería tomar parte en el proyecto y un sacerdote resultaba necesario. Estaba en marcha el comienzo de seguidores y el nacimiento de un cenobio o monasterio conventual.

Era la consolidación definitiva. Nos lo resume la historia: «El presbítero Domingo de Brieva, bajo cuya dirección llegaron a congregarse, en los principios del siglo X, hasta 106 ermitaños. Fueron éstos atraídos por la ruidosa conversión del ladrón Nuño Oñez, al descubrirsele en el hueco de un roble y rodeada de un enjambre de abejas la linda estatua de la Madre de Dios».

«Al mismo siglo X pudiera remontarse efectivamente la efigie de Nuestra Señora que hoy continúa venerándose en Valvanera». «Efigie que, como advierten los arqueólogos, ofrece extraña semejanza con el retrato de doña Nuña, mujer de Ordoño I, que vivía a mediados del siglo IX, retrato conservado en un libro gótico de donaciones de Oviedo» (1).

Los autores llegan incluso a encontrar esta acentuada semejanza hasta en los vestidos de la reina y la Virgen «con túnicas iguales, adornos iguales, igual botonadura y mangas terminadas en punta» (2).

Aunque para completar algunos de estos datos nos estamos aprovechando de las noticias conservadas en la tradición, que no se ponen por escrito hasta el siglo XVI, las referencias históricas nos parecen indiscutibles.

Después del abad Domingo de Brieva, le sigue el también abad Sancho, que fue el primero bajo la regla de San Benito. Hasta de diecinueve más tenemos noticias en una obra de la época, escrita en latín.

Es más, con fecha del 1 de mayo de 1092 encontramos un privilegio de Alfonso VI de Castilla, en favor de Valvanera, en el que se alude

a «la antigüedad y venerabilidad del monasterio; ello supone su existencia ya a principios del siglo X o finales del siglo IX» (3).

La pregunta que en esta situación nos tenemos que hacer es si realmente ya existía la imagen ahora venerada. Nosotros creemos que sí. O al menos se ofrecía un culto específico a la Madre de Dios, de posible conexión con lo que nos asegura la leyenda.

«Casi todos los arqueólogos convienen en considerarla del siglo XI; otros, la catalogan entre las del XIII. Tal vez fue venerada en algún pueblo de la serranía, límite primero de berones y vascones y más tarde de navarros y castellanos.»

«Escondida en alguna persecución, probablemente en tiempos de la invasión árabe quedó olvidada hasta que libre la región de incursiones y algaradas volvió a ser descubierta» (4).

Hay un aparente desajuste entre las conjeturas sobre la antigüedad del monasterio, la presencia de los benedictinos y la devoción mariana derivada de la antigüedad de la imagen actual.

Esta dificultad se puede sustanciar si tenemos en cuenta el hallazgo inicial de la imagen en el siglo IX o en años muy cercanos. Desde luego en épocas en que ya existía una arraigada devoción a la Virgen. Allí fue venerada por Nuño y algún otro compañero como el referido Domingo de Brieva, en torno a los cuales surgió un cenobio inicial. Luego más adelante estos eremitas se transforman en verdaderos monjes sometidos a la regla de San Benito. A partir del siglo X la regla de San Benito estaba ya recibida comúnmente en los monasterios españoles.

Desde ese siglo «se sucede una serie de abades en el monasterio y un culto continuado a la Virgen de Valvanera. En 1073 se levantó una nueva iglesia con capilla mayor y dos laterales. En 1183 se verificó una ampliación y desde esta misma centuria del XII se profesaba culto a la Inmaculada Concepción» (5).

El santuario actual es obra del siglo XV, porque un incendio, en 1413 destruyó el monasterio y la iglesia, salvándose milagrosamente el camarín de la Virgen.

El hecho conmovió a toda la comarca y en ese mismo siglo comenzaron las obras, que ya estaban terminadas en 1468. El pueblo sencillo se volcó en su Virgen.

El papa Inocencio III declaró exento al monasterio y directamente sujeto a la Santa Sede. Una serie importante de poblados dependían de este monasterio.

Su riqueza durante estas centurias (siglos XVI y XVII) «no consistían en las muy escasas limosnas de los peregrinos, ni en los percibos de varios obispados, sino en los grandes rebaños de carneros merinos o trashumantes y churros, unas diez mil cabezas; en las pjaras de cerdos, que pasaban de 30; en las 80 y tantas colmenas y con el producto de las viñas por ellos administradas» (6).

«En los primeros días de noviembre partía el rebaño para Extremadura y volvía en mayo. Pastaba algún tiempo en torno a las dependencias conventuales y después del esquileo se repartía por los montes» (7).

«En 1752 contaba con 26 religiosos sacerdotes, 12 hermanos, un postulante, tres monaguillos, nueve estudiantes en colegios y universidades y 10 religiosos repartidos en prioratos y filiaciones» (8).

Varios pontífices favorecieron a Valvanera con bulas papales como Inocencio III en 1213, Paulo III en 1536, Gregorio XIII en 1572, etc.

Entre los reyes que ayudaron o visitaron el monasterio se pueden citar a don García de Nájera, Alfonso VI de Castilla, Isabel la Católica, Carlos V, Felipe II, Fernando VI, Fernando VII... De Felipe II se dice que utilizaba el agua de la fuente de Valvanera para mitigar sus constantes dolores. «Desde el monasterio de Jerónimos de la Estrella, delegaba a la condesa de Chinchón para que pasase en su nombre a impear a la Virgen de Valvanera alivio en los achaques que padecía» (9).

Pero a Valvanera le llegó también la hora de la decadencia. Los franceses iniciaron esa desgraciada situación, incendiando el monasterio con el pretexto de que allí se escondía una partida de patriotas. La comunidad tuvo que disolverse hasta 1823. Regresaron pronto, pero la renovación duró muy poco tiempo, porque en 1835 la ley de exclaustración volvería a disolverlos.

En 1883 llegaron cuatro religiosos de Montserrat. Durante ese período de tiempo el monasterio había sido objeto de todo tipo de rapiñas, expolios, robos..., hasta dejarlo en el más lamentable estado, que se pueda imaginar. La misma imagen la habían trasladado a Brieva en 1839.

Con la vuelta de los religiosos, a pesar de la lamentable situación en que se encontraba todo, el pueblo comenzó a visitar el lugar y a pedir a gritos la vuelta de la imagen. Una aspiración colmada en 1889. En la gran peregrinación de ese año se llegaron a congregar más de 20.000 fieles y 400 sacerdotes.

Se logró abrir una nueva carretera en 1889 y los nuevos religiosos pusieron en marcha una hospedería y un eficaz culto. Comenzaba así una nueva etapa, moderna y profundamente religiosa del monasterio y de la Virgen que culminaría con la coronación de la imagen en la misma ciudad de Logroño el 15 de octubre de 1954. Jornada inolvidable a la que asistió el jefe del Estado y el nuncio de Su Santidad, que colocaron sobre la cabeza de la Virgen una valiosa corona de oro, toda esmaltada de perlas y rubíes.

Posteriormente Pablo VI la declaró Patrona principal de la diócesis de Calahorra, La Calzada y Logroño, según una bula fechada el 23 de octubre de 1965.

Hay autores que hablando de esta Virgen quieren encontrar en el mismo nombre de «Valvanera» una derivación de «venia» o «indulgencias de perdón que allí se otorga de María a cuantos acuden al bendito lugar». Sería el «Vallis veniae» (10).

Hemos dejado para el final la descripción de la talla, porque nos hallamos ante una de las representaciones más singulares de iconografía mariana. Para descubrir este extremo no hace falta recurrir a los excesivos cricones fabricados en el siglo XVII, afirmando que la imagen se debe a Onésimo y Dositeo, discípulos de San Pablo, que se trajeron la imagen tallada por San Lucas.

Se trata de una virgen sedente, de 109 cm de altura. Su trono, la silla, está formada a base de águilas muy estilizadas, cual si nos halláramos ante una matrona oriental. Lleva a su Hijo sentado en sus rodillas, sujetándolo con su mano derecha, mientras en la izquierda nos muestra una fruta, posiblemente una manzana.

El Niño vuelve la espalda de forma violenta al lado contrario que le correspondería por la postura de su cuerpo, mientras los pies siguen en la postura contraria. Con la mano izquierda sostiene un libro abierto y levanta la derecha en forma hierática trinitaria.

Esta situación tan especial, pocas veces repetida, ha dado lugar incluso a leyendas muy espectaculares.

Se dice que el Hijo adoptó tan rara posición, porque dentro del templo, en su presencia, una pareja hizo el amor, obligando al Niño a mirar para el lado contrario mostrando la obligación escrita de la Ley.

Los vestidos son realmente señoriales y desde luego muy parecidos a los de las damas reales, tal y como la conservan los códices de la época. Por eso puede hablarse de su similitud con los vestidos de doña Nuña, esposa del rey Ordoño I.

El santuario actual es posiblemente el cuarto, si contamos como primero el levantado por Nuño y Domingo.

Se trata del templo que siguió al incendio de 1413. Es una obra gótica, comenzada en el mismo siglo XV, en el mismo lugar de las precedentes. Tiene forma de cruz latina con 39 metros de larga por 16 de ancha y quince de altura en el centro. Las bóvedas son de sillería tallada. Con el monasterio forma un bello conjunto. El acceso a la Virgen, a través del camarín restaurado en nuestro siglo, es fácil.

Las fiestas que se celebran en el mes de septiembre, culminan el día 21 con los festejos de la vendimia.

En esa jornada se hace una misa de acción de gracias con la ofrenda del primer mosto extraído en una celebración popular. Dos labriegos pisan los primeros racimos de uvas para extraer el primer mosto que es ofrecido por un grupo de jóvenes riojanas, ataviadas con trajes regionales y que depositan ese vino riojano a los pies de su Virgen.

A lo largo del año, los distintos pueblos de la región tienen sus propias romerías. Se puede asegurar que pasan de cien mil los peregrinos que anualmente desfilan por el santuario.

La devoción a la Virgen de Valvanera se halla extendida por toda España y América. En casi todas las repúblicas americanas existe algún templo que nos recuerda la devoción de la Virgen de Valvanera.

El santuario está hoy servido por una comunidad de monjes benedictinos, al estilo de Montserrat. También este monasterio se halla situado en plena montaña, a más de mil metros de altura. Se halla como enclaustrado. En el Norte se levanta la barrera montañosa de la sierra de la Demanada y al Sur corre el río Najerilla, que, disputando el espacio a la carretera, recibe las aguas de los múltiples afluentes que

nacen en la sierra, entre ellos el de Valvanera que lame los muros del santuario. Muy cerca se alzan los picos de San Lorenzo de 2.271 metros y el de Pancrudo de 2.059, para convertir entre todos la comarca en un paraíso de pescadores y montañeros.

Para acercarse al monasterio se toma una carretera que, partiendo de Nájera, corre paralela al río. Pasado Anguiano se toma una pequeña desviación que lleva directamente hasta el santuario. Nájera dista 35 kilómetros.

Cuando se regresa empapado de espiritualidad se puede traer de recuerdo el licor de Valvanera, fabricado por los monjes con hierbas aromáticas y con recetas custodiadas secretamente por ellos mismos, desde hace siglos.

Es uno de esos ancestrales ecos de la alquimia medieval, cuando se encontraba refugiada en los monasterios.

BIBLIOGRAFÍA

- Diccionario Enciclopédico Espasa*. Edit. Espasa-Calpe. Letra V. Págs. 853 y ss. Pág. 856. (1) y (2). Pág. 855 (6) y (9). Pág. 854 (10).
- Santuarios Españoles*. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1995. Págs. 2370 y 2371. Pág. 2370 (3), (4) y (5). Pág. 2371 (7) y (8).
- Juan G. Atienza: *Guía de la España Mágica*. Ediciones Martínez Roca. Madrid, 1981. Págs. 196 y ss.

NUESTRA SEÑORA DEL CASTAÑAR BÉJAR (SALAMANCA)

En el siglo XIII las parroquias de Béjar, sumaban diez y las ermitas ocho. Todavía no se habían construido la de San Albín y el Castañar. Se levantaron a partir de la conquista de la ciudad por Alfonso VIII. Una vez ganada la plaza a los moros, se intensificaron las defensas y con ellas los templos religiosos, que muchas veces servían de defensa.

No querían los castellanos que se repitiera el escarmiento de diez años atrás, cuando, después de la primera conquista, los almohades infligieron un lamentable castigo y derrota a Béjar y Plasencia.

De los diez templos quedan en la actualidad solamente cuatro. En el corazón de Béjar se levantaban Santiago para los peregrinos que utilizaban el Camino de la Plata y Santa María, culto muy enraizado entre los bejaranos. Las otras dos parroquias eran El Salvador y San Juan Bautista, ahora muy transformadas.

Desgraciadamente no conservamos las imágenes correspondientes a esa primera época.

En el siglo XV Béjar era ya ciudad importante gracias a sus industrias de tejidos. Pero precisamente hacia 1486 se declaró una peste que se extendió a todos los pueblos de la comarca. La gente moría cada día en mayor número, sin encontrar remedio contra la epidemia asoladora.

Coincidiendo con situación tan desesperada unos pastores del vecino pueblo de Garganta, Joaquín López e Isabel Sánchez, apacentaban sus ganados hacia finales del invierno en las laderas de castaños cercanas a la ciudad.

Allí, para cuidar de sus ganados, en una humilde covacha de pastores acostumbraban a pasar gran parte del invierno. Su casa principal se hallaba en Garganta, de donde eran naturales.

Matrimonio piadoso y caritativo, en sus largas horas de soledad pedían al cielo remedio contra tantos males.

En uno de esos frecuentes días de tristeza vieron sorprendidos a lo lejos un castaño con fruto y una imagen de Nuestra Señora con el Niño en brazos. Se acercaron y oyeron una voz que les decía:

—«Buscadme y cesará, mediante mi protección, la peste que padece Béjar y su comarca».

Asombrados por lo inesperado, marcharon a contarlo a los sacerdotes de la villa, quienes tomaron el relato por una imaginación bien intencionada, a la que no podían hacer caso. En vano recorrieron las distintas parroquias dando a conocer el mensaje que habían recibido.

Por fin, don Pedro Yáñez de Somoza, presbítero y juez eclesiástico, los consoló de la indiferencia de sus compañeros y les rogó hicieran una novena a la Virgen, con quien, según ellos, habían hablado.

El último día, cuando Joaquín se iba a descansar, vio una luz grande cercana a su choza. Una luz que iluminaba el campo en una amplia extensión, teniendo como centro el árbol de la aparición anterior. Al acercarse se repitió la aparición y las palabras:

—«Buscadme y cesará inmediatamente la peste».

Luego, con los destellos de la misma aparición, contempló lo que creía imaginado: Un castaño florecido y al lado, en una pequeña oscuridad, la imagen que se les venía apareciendo.

A Joaquín incluso le pareció entender que la celestial Señora le decía que dentro de la cueva estaba escondida una imagen. Que la rezaran y que la labrasen una casa. Que la peste cesaría...

Y otra serie de recomendaciones que llegaban hasta lo más profundo de su alma.

El sencillo pastor esperó a que amaneciera. Junto a su mujer pasó toda la noche en vela alternando las oraciones con los sentimientos. A las primeras luces del día salió de la choza. Quedó paralizado. Tenía, en efecto, delante de sus ojos, en invierno, un castaño verde y al mismo tiempo con fruto. Todo un prodigio para aquella época del año y más aún en las umbrías del Calvitero, cuyas cimas estaban cubiertas de nieve.

Dejó a su esposa cuidando el ganado y saboreando el prodigio, él corrió otra vez a la ciudad para contar lo sucedido.

La reacción inicial siguió siendo la indiferencia. No obstante, no desmayó. Ahora pensó que tenía un fácil testimonio que garantizaría sus palabras. Corrió otra vez al lugar del milagro y cortó un brazado de ramas que tenían a la vez hojas, candela, erizos y frutos sazonados. Lo nunca visto.

Cuando se presentó nuevamente en Béjar, en pleno día, las gentes se llenaron de estupor. La reacción fue inmediata. El pueblo entero se trasladó al lugar. Buscaron en la cueva y encontraron la sagrada imagen. Allí mismo se hincaron de rodillas para dar gracias a Dios por tan feliz hallazgo.

Confiados en el mensaje arrancaron cuantos recuerdos pudieron del árbol milagroso.

Lo hicieron con tanta fe, que, al aplicarlos a los enfermos, quedaban sanos.

En poco tiempo la noticia se extendió por toda la comarca. Del pobre árbol no respetaron ni el tronco. Cuando se acabaron las hojas, los devotos creyentes sacaron astillas de la madera hasta terminar con él por completo.

Lógicamente se puso en marcha el proyecto de una nueva capilla. La primera se levantó a expensas de los fieles bejaranos, de Joaquín e Isabel e incluso del obispo de Plasencia, don Gonzalo de Santamaría, precisamente muy devoto de la Virgen, de la que era descendiente directo, pues él mismo era judío.

Después de esas fechas hay un largo período de silencio en la historia del santuario. Eran los años turbulentos de la última Edad Media. Resulta posible que durante ese tiempo se hiciera el cambio de la primera imagen a la actual, algo muy de moda en la España moderna de entonces.

Precisamente del siglo XVI data la pintura de Ntra. Sra. de la Antigua encargada a Hernando de Pinedo, terminada luego por Pedro Bello, inspirándose en la Virgen de la Antigua sevillana.

Pudo coincidir con estos gustos el cambio hacia la actual imagen, de claro sabor andaluz. El siglo siguiente se convertiría en la época de esplendor para Béjar y para su Virgen del Castañar.

En 1690, en pleno apogeo del Ducado, la ermita sufrió una amplia transformación a expensas del duque don Alfonso I.

La esplendidez de la obra fue culminada con la concesión de indulgencias otorgadas en una bula del Papa Alejandro VII a los cofrades de Ntra. Sra. del Castañar.

En 1720 Ventura de Lirios retocó el Cristo de la Agonía, obra del Hermano Domingo, venerado en el santuario y luego pintó la cúpula, las pechinas y el frente del Arco de la Coronación.

El retablo de estilo barroco, inspirado en la escuela de Churriguera de Salamanca, es de Lucas de Barragán y Ortega. Estaba terminado en 1770.

El herraje del balcón del camarín, que mira al atrio y que sirvió muchas veces de púlpito, fue forjado por el maestro cerrajero Nicolás de Vidal en 1775

En el año 1896 se dotó al camarín con las interesantes pinturas de las mujeres fuertes. En el interior de la cúpula se pintó el cielo y la Anunciación de la Santísima Virgen.

Poco después, con donativos de la camarera doña Manuela Rodríguez Arias, se edificó una residencia para la comunidad de padres franciscanos, que como celosos guardianes cuidaron la creciente piedad bejarana desde 1899 hasta 1932.

El 28 de agosto de 1946 tomaron el relevo del culto a la Virgen los padres teatinos, que, con la colaboración de la cofradía y la fundación de una escolanía de niños cantores, han fomentado una exquisita piedad mariana y sirven pastoralmente a los fieles que acuden al Santuario.

Las obras se han continuado hasta nuestros días y hoy el Castañar es un centro de espiritualidad y descanso entre los más importantes de la diócesis.

La imagen es de las llamadas de vestir.

El primer manto de que se tienen noticias lo donó la duquesa doña Teresa Sarmiento. Estaba confeccionado con damasco blanco y es de 1663.

Durante los años de la invasión francesa, desde 1809 a 1813, la imagen estuvo escondida para librarla de los riesgos, que se dejaron sentir muy fuertes en el santuario y en la villa.

Las fiestas se celebran ahora el 8 de septiembre con toda brillantez. Y esto desde sus comienzos. Basta recordar que, para contribuir a tanto esplendor se construyó en 1706 muy cerca de la ermita, una de las primeras plazas de toros del mundo. Los toros fueron siempre esencia de todo tipo de festejo en la región vetona.

En santuario y la fiesta tenían sentido de convocatoria regional, principalmente entre los pueblos de la Tierra de Béjar. Todavía todos los años algunos de esos pueblos, por turno riguroso, son invitados a formar en la presidencia.

BIBLIOGRAFÍA

J. Sendín Blázquez: *La Región Serrana*. Caja Duero. Salamanca, 1994. Págs. 87-91.

NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA DE FRANCIA SALAMANCA

Aquel año de 1434, en uno de esos hombres estafalarios que de vez en cuando llegan a Salamanca, llama la atención su atuendo de misterio y de intriga. No es peregrino, pero busca un monte al que él, francés, llama la Peña de Francia.

Lo ha buscado inútilmente en su tierra. Cansado de preguntar siente necesidad de peregrinar a Santiago, meta de muchos penitentes y mensajeros de lo divino. Postrado ante el sepulcro, alguien le aconseja marchar a Salamanca, emporio del saber de aquel tiempo.

Allí se presenta con el débil bagaje de su aspecto pordiosero. Todos se ríen de sus propósitos: «Dormía, dice, en mi casa de París y he oído el extraño mensaje de una visión que me dice: ¡Simón, vela y no duermas! Vete a buscar una imagen mía en la Peña de Francia». No saben que ese hombre ha dejado su pingüe patrimonio para hacerse pobre con los hijos de San Francisco (1).

Estimulado por esa aparición ha comenzado un largo peregrinaje, sin tener ideas muy claras de lo que busca. Cinco años lleva buscando sin saber qué. Piensa que en algún momento encontrará la respuesta que le tranquilice en aquel «vela y no duermas».

Casualmente en uno de los mercados o albergues tropieza con unos carboneros que discuten la mejor calidad de sus servicios. Oye precisamente a uno que dice:

– El mejor carbón es el de la Peña de Francia.

Aquello le supo a algo nuevo. Extrañado por esta afirmación (carbón en una peña y de Francia), sigue los pasos de traficantes arrieros hasta dar con ellos en San Martín del Castañar. Allí descansa algunas jornadas y solo se dirige hacia la montaña.

Cuando contempla aquel centinela pétreo que tiene delante de sus ojos, le parece encontrar la estrella que como a los Magos le asegura hallarse ante lo que busca.

Con la mirada puesta en la roca, reza, come de su saco de mendigo y camina. Ansiando lo providencial, colocado en la misma cima, busca por todas partes y con el desencanto a flor de labios, al abrigo de un espolón pizarroso, se queda dormido.

De repente sonó un estallido estremecedor y luego otro y otro...

Simón despierta impresionado porque la tormenta era imprevista. Él se había acostado bajo el signo de las estrellas.

En medio de la tormenta que se cierne sobre su persona siente que un rayo de luz lo cerca por todas partes, mientras una piedra desprendida de lo alto lo hiere en la cabeza.

Ni por un momento piensa escapar. Aunque aturdido aumenta su confianza. Se cree en el dintel de lo milagroso. Así no puede caminar y debe permanecer en aquel sitio.

A la noche siguiente se repite el suceso. «Fue en la tercera cuando se obró el prodigio. A su lado aparecieron potentes, vivísimos resplandores. Y en medio de ellos, en el centro de esta virginal claridad una silla mucho más resplandeciente todavía. Y en ella sentada una mujer hermosísima nimbada con aureola de reina: la Santísima Virgen».

«Simón quedó sobrecogido de religioso pavor. Oró. Suspiró. Lloró. Pero la celestial Señora le sacó de su ensimismamiento y gozoso llanto con estas palabras: Aquí cavarás y lo que hallares sácalo y ponlo en lo más alto y llano del risco y harás una solemne casa. Tú la comenzarás y otros vendrán que la acabarán.»

Terminadas estas palabras siente que una fuerza misteriosa de salud recorre su cuerpo y ya no tiene dificultades para caminar.

Bajó a San Martín y convence a unos cuantos hombres piadosos para entre todos buscar en aquel sitio.

Guiados por las indicaciones de la aparición «quitando la peña con otras piedras, que con ella estaban..., luego vieron todos juntos la gloriosa imagen de Nuestra Señora la Virgen María, junto con la imagen de su bendito Hijo en los brazos».

Era el 19 de mayo de 1434. Habían hallado una escultura románica del siglo XII, de madera y 67 cm de altura. Posiblemente el hallazgo se deba a uno de tantos encuentros que protagonizaron las imágenes veneradas por los cristianos y luego escondidas por temor a los musulmanes en alguno de esos avances y retrocesos de la Reconquista.

Poco tiempo después aparecieron otras tres excelentes figuras del mismo estilo: el Santo Cristo, Santiago y San Andrés.

Pronto se extendió la noticia por los pueblos comarcanos. Llega a La Alberca, Mogarraz, La Nava y también Sequeros.

En Sequeros la gente en masa se conmueve y los ancianos comienzan a contar algo sucedido bastantes años atrás. Lo tenían olvidado, pero las cosas providenciales, aunque los hombres no intenten llevarlas a su término, Dios se encarga de que se cumplan inexorablemente.

En algún momento ya casi olvidado murió en Sequeros una joven, «una moza», cuya enfermedad por inesperada sorprendió a todos. En pocos días enfermó, se agravó y murió. El dolor invadió incluso a los vecinos más indiferentes. Allí estaban todos llorosos al lado de unos padres deshechos en un mar de lágrimas.

Ante el espasmo general en un instante inesperado, sin previsión alguna, su cadáver tomó otra vez nueva vida y la joven habló. Habló amplia y proféticamente. Recriminó a su familia la conducta de sus antepasados y el consecuente castigo de Dios «por una hacienda mal repartida».

Los muchos presentes se miraron estupefactos, inmóviles, sin pronunciar una palabra. En seguida la doncella dirigiéndose a su madre le dijo:

– «Volved vuestro rostro contra la Peña de Francia, puesta de rodillas en tierra, con mucha fe y devoción, y decid tres veces el Ave María a la Virgen, a honor y reverencia de su imagen, que allí está escondida hará doscientos años. Porque sabed que luego sentiréis descanso en vuestro corazón. La cual imagen de aquí a poco tiempo será manifestada, por la cual Nuestro Señor hará muchos milagros y maravillas. Y después que esta imagen fuese revelada vendrán de muchas partes y naciones a buscarla.»

La joven siguió en su anuncio profético y pronosticó «tres señales en forma de cruz» al abrirse el crepúsculo.

«Una de ellas aparecería en San Martín del Castañar, donde florecería un monasterio franciscano sobre las casas que allí tenía el señor obispo.»

«La segunda sobre los riscos de la Peña donde se mostraría una imagen de la Virgen María a un hombre de buena vida y en el mismo lugar se levantaría un monasterio de la Orden de Predicadores convirtiéndose en una casa de gran devoción.»

«La tercera señal aparecerá sobre la devota casa de la Virgen María. De ésta no sé decir otra cosa que aparecerá y se cumplirá, cuando a Nuestro Señor y a su bendita Madre plugiere.»

Dichas estas palabras la joven «murió por segunda vez» y en aquel instante toda su habitación se llenó de perfume de rosas.

El prodigio se sintió con tal fuerza que la «moza», a la que llamaban Juana, fue sepultada en la iglesia de Sequeros. La fama del hecho convenció a todos de que se hallaban ante una santa, ignorada, pero santa.

Por eso cuando en aquel momento y aquel hombre protagonizaba tales sucesos y los testificaba ante los demás, todo el pueblo de Sequeros comprendió que la profecía se estaba cumpliendo.

El prodigio de la aparición renovó lo olvidado y los sequeranos intentaron reclamar especiales derechos ante lo ocurrido.

Sin excepción los pueblos cercanos a la Peña de Francia se vuelcan generosos para levantar el templo pedido por la aparición.

«A los tres meses y medio se colocaba la imagen en una ermita provisional», bajo la mirada de Simón Vela.

El interés adquirido por la Peña suscitó los deseos de todos los comarcanos para ejercer sobre el lugar algún derecho de patronazgo. Incluso los obispos de Ciudad Rodrigo, Coria y Salamanca intentaban ejercer sobre el lugar su ascendencia pastoral.

El rey zanjó la disputa encomendando el santuario a los padres dominicos. Sucedió esto el 11 de junio de 1437.

Pero todavía los condes de Miranda pretenden ponerla bajo su tutela, amparados en que está dentro de sus territorios. Incluso llegan a quitar el rollo de exención civil concedido por Juan II y confirmado por Carlos V.

Intervino directamente el rey Felipe II obligándoles a la restitución y por una orden, dada en la Cancillería de Valladolid el año 1589, confirma a los dominicos en todos sus privilegios.

Los hijos de Santo Domingo convirtieron el lugar en un centro de espiritualidad y devoción mariana de primer orden. Incluso en esta época entra a formar parte de la mejor literatura del Siglo de Oro de la mano de Cervantes, Lope de Vega y Tirso de Molina.

Con la llegada de los franceses comenzaría un largo colapso, una dura prueba para el santuario.

Por las muchas dificultades que se aproximan la imagen sagrada es escondida en La Alberca, alojándola en la casa de don Manuel Gómez de Valbuena.

Fue el principio de una larga huida como consecuencia de las circunstancias políticas de la España de entonces: Mogarraz, Sequeros, La Alberca..., para devolverla a su santuario donde fue sacrílegamente robada por personas desconocidas.

El enorme sentimiento que tan villana acción produjo en los pueblos de la serranía movilizaron a todos en su búsqueda.

Sólo después de muchos años, siendo obispo de Salamanca el padre Cámara, en 1889, aparecieron los restos deteriorados por la intemperie, gracias a un penitente.

«Una vez reconocida la imagen, fue necesario pensar en otra nueva, que llevara incrustada la antigua. Realizó la nueva escultura José Alcoberro en 1890, año en que fue entronizada.»

Desde entonces hasta hoy el lugar de la Peña de Francia se ha convertido en un signo de encuentro con la belleza y con Dios.

Cabeza visible de una magna región, hacia allí, los peregrinos de antaño y los caminantes de hoy, desde que se adentran en los límites de la desaparecida Rusticiana hasta muy cerca de Salamanca, tropiezan en la lejanía con una alta cordillera que cierra el horizonte por su parte izquierda. Son las montañas que todos conocen con tan desconcertante nombre de sierra de la Peña de Francia. Sobre el más alto de todos los macizos se encuentra el santuario de la Virgen a una altura de 1.732 metros.

BIBLIOGRAFÍA

- P. Hoyos: *La Alberca*. Excmo. Diputación de Salamanca. Imprenta Provincial. 1982. Principalmente capítulos XXII-XXIV.
- José M.^a Requejo: *La Alberca. Monumento Nacional*. 3.^a Edic. Librería Cervantes Salamanca, 1981. Págs. 145-148.
- J. Sendín Blázquez: *Vía de la Plata. Historia. Mito. Leyenda*. Fundación Ramos de Castro. Zamora, 1992. Págs. 217 y ss.
- Historia de la Invención y Milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia*. Santuario «Peña de Francia». Librería Ope. Madrid, 1973. Los textos entrecomillados pertenecen a esta obra.

NUESTRA SEÑORA DE VALDEJIMENA SALAMANCA

Hay santuarios que han llenado y quizás llenan importantes páginas de nuestra historia y de nuestra literatura y que en la actualidad aparecen bastante olvidados.

Es lo que ocurre con el santuario de Ntra. Sra. de Valdejimena, situado en el término de Horcajo Medianero, pueblo de Salamanca ya limítrofe con la provincia de Ávila.

Quizás la causa de este olvido pueda estar en su situación, porque se halla en una explanada pobre de pequeños poblados, casi deshabitados, donde la única carretera es la que une Piedrahita con Alba de Tormes y Salamanca.

Sin embargo en la antigüedad el santuario creó su propio cancionero, saturado de romances, letrillas y canciones, que se vienen cantando a través de los siglos. A muchas de estas composiciones les acompañan músicas cargadas de nostalgia, como la particular Salve de Valdejimena, que aún se canta.

Pero hay algo más relevante. El santuario y la Virgen tuvieron una fundación conocida con el nombre de «Familia de Valdejimena», o «Ermitaños de Valdejimena», una especie de organización religiosa, muy cercana al espíritu de los ermitaños tradicionales.

Vivían perfectamente organizados. El capellán asumía la suprema dirección al estilo de un padre abad. Desarrollaban una vida comunitaria, bajo la autoridad del obispo de Salamanca. Llevaban una vida célibe y se encargaban de la propagación de la devoción, del culto y de la recogida de limosnas. Para ello marchaban a los pueblos.

Entre ellos eran famosas las llamadas «veredas», salidas que hacían a los contornos en tres momentos principales: en los corderos, en el grano y para el aguinaldo.

Tenían sus propias posesiones y lógicamente una buena cavaña de ovejas, corderos, cerdos, vacas y novillos. Se encargaba de este apartado el llamado «Pastor de la Virgen», auxiliado por un mozo «el pigorro de Nuestra Señora».

Poseían bienes prácticamente en toda la región. En alguna de las heredades vivía un ermitaño permanente. Hay noticias de posesiones,

además de Valdejimena, en Ventosa del Río Almar, Alconada, Horcajo Medianero, Catalpino, Peñaranda, Peñarandilla, Valdecarros..., incluso hasta en la misma Alba de Tormes.

Con tantos medios materiales llegaron a tener su propio escuela, de la que salieron personajes tan famosos como el cardenal de Santiago de Compostela, García Cuesta.

Pero lo más intrigante para los historiadores viene dado por el propio nombre de Valdejimena, reducción indudable de «Valle de Jimena».

En la historia antigua Jimena era doña Jimena, la esposa del Cid Campeador. La historia de la imagen está relacionada con la época del famoso Cid Campeador. Posiblemente haya una conexión entre el lugar y don Jerome, capellán del Cid Campeador y luego obispo de Salamanca, después de reconquistada la ciudad a la morisma. Bien pudo tratarse de una comarca posesión y luego donación de la familia del Cid.

La tierra en cuestión es, en efecto, un valle antes de llegar a las que luego se llaman Sierras de Ávila. Pequeños afluentes del Tormes riegan las tierras como el riachuelo Martimpérez.

En posesión ya de este nombre pudo tener lugar el milagroso hallazgo de la aparición de la Santísima Virgen al vaquero Juan Zaleos, que cuidaba una pequeña vacada de reses bravas.

El sencillo pastor quedó sorprendido al contemplar que uno de esos toros bravos se hallaba arrodillado frente al tronco de una encina.

Con respeto y con miedo, porque le llamaba la atención el hecho, se acercó hasta el animal y allí frente a él, en el tronco de la encina, encontró la imagen de la Virgen.

Juan Zaleos comunica la noticia al vecino pueblo de Horcajo Medianero, que con su sencillez y con su piedad levantan la primera ermita en honor de la Viregn.

El hecho de que la aparición estuviera ligada al toro «Romo», toro salvaje, que por su bravura se le consideraba rabioso, surgió la tradición de invocar a la Virgen aparecida como abogada contra la rabia, enfermedad entonces incurable.

Algunos creen que en realidad el toro en verdad estaba rabioso y se curó como consecuencia de la aparición de la imagen.

En cualquier caso, «la imagen de Nuestra Señora de Valdejimena ha recibido la advocación secular de “Abogada de la rabia”, y durante largos siglos, sin interrupción que se conozca, ha estado derramando beneficios sobre miles y miles de peregrinos que acudieron a su santuario, cargados o amenazados de la terrible enfermedad de la hidrofo-bia, o en busca de protección para cualquier necesidad material o espi-ritual. Los pueblos de la región acudieron y acuden a Valdejimena con-tinualmente en demanda de beneficios y en ejercicio de su propia vida religiosa» (1).

El área de región devocional durante los siglos XVI-XVIII, época de mayor esplendor, se extendía por toda Castilla, León, Extremadura y llegaba al mismo Portugal. Fueron los años fervorosos del apogeo de la trashumancia y los pastores y vaqueros llevaban consigo esta singu-lar devoción.

El santuario actual es consecuencia de varios siglos de devoción. Se sabe que existió un primer santuario de trazas humildes transfor-mado en el siglo XVII en otro mucho más grandioso. Desgraciadamente un incendio en 1682 lo redujo a cenizas, salvándose milagrosamente la imagen.

La situación alarmante en que quedó el templo llamó la atención del obispo de Salamanca, fray Pedro de Salazar, que intervino directa-mente en el asunto y levantó la nueva obra según la especial planifica-ción del arquitecto de Madrid, Juan de Setién Gumes. La obra fue rea-lizada por el constructor Mateo de Ávila. Su costo fueron 35.000 reales y en 1698 ya estaba acabada. La casa hospedería se terminó en 1720.

Como costumbre de la época y en la línea del fervor popular se construyó también una plaza de toros como exigencia en los santuarios de la región serrana y que todavía existen en Medinilla, Béjar, Cabe-zuela, etc. Este tipo de plazas servían a la vez de atrio y de lugares de espectáculos, propios de la época: autos sacramentales, comedias y fe-rias.

La imagen venerada es más antigua que todas las obras que ahora conocemos. Hay que datarla con toda probabilidad del siglo XV.

Representa a la Virgen en actitud sedente, sobre una preciosa silla y mide 1,50 metros, con maternales y bellísimos gestos que impactan en los visitantes.

En el interior de la iglesia destaca sobre todo su camarín, una pieza singular, distinta a los camarines tradicionales. En la bóveda campea el himno de Valdejimena que causa admiración por su letra y por su música de sabor moruno.

Además del altar mayor, dedicado a la Virgen, existen otros también barrocos en honor de San Francisco Javier, San Juan Bautista, San Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús.

De la importancia cultural del santuario habla la concesión de indulgencias por parte de los papas Urbano VIII en 1643, Inocencio X en 1649, Benedicto XIII en 1725, Pío IX en 1854. Iban anejas a la visita del lugar sagrado.

En la misma línea hay que hablar expresamente de indulgencias concedidas por los señores obispos de Ávila, Almería, Salamanca, Badajoz, Zamora, Mallorca, Santiago de Compostela, Valladolid, Jaca, Teruel, Burgo de Osma... Algo muy significativo para conocer la extensión del culto a esta Virgen.

Con tan singular trayectoria tenemos que llegar al convencimiento de que nos hallamos ante uno de los santuarios con más profunda y meritoria historia. Lógicamente no podemos aceptar el desconocimiento que tiene gran parte de España, de uno de nuestros santuarios más emblemáticos.

BIBLIOGRAFÍA

Para nuestro trabajo nos hemos basado en la obra *Santuarios Españoles* del Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Pág. 2367 (1).

NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA SANTA CRUZ DE TENERIFE

La historia de la imagen, a pesar de su común sencillez, resulta fascinante por la serie de características que la rodean, ya que nos hallamos ante una Virgen venerada antes de llegar los mismos evangelizadores cristianos.

Según la tradición, por los años de 1390-91, dos pastores que cuidaban sus rebaños en el litoral del mar, en la ensenada llamada entonces de Chimisay, notaron que sus ovejas se negaban a pasar adelante. Ni las amenazas, ni los silbidos eran capaces de hacerles seguir.

Se acercaron ellos mismos y pudieron comprobar que se trataba de una aparición muy singular y luminosa, formada por una mujer que llevaba en sus brazos un niño.

Como entonces a aquellos nativos les estaba prohibido hablar con mujer alguna en sitio desierto, comenzaron por señas a decirle que se apartara de aquel camino para que pasaran sus ganados.

Todo inútil. Lleno de rabia uno de los pastores tomó una piedra para lanzarla contra la mujer, mas al levantar el brazo se le quedó repentinamente paralizado. Una situación que llenó de cólera a su compañero que acercándose mucho más pretendió quitarla de en medio con una tabona, una especie de cuchilla pastoril. Sorprendentemente también éste se cortó los dedos de su mano sin poder llevar a cabo su intento.

Consternados por los hechos, los dos desgraciados se dieron cuenta de que algo anormal pasaba allí y corrieron a contar los hechos al men-cey Acaymo, que mandaba en Guimar.

Llevado por la curiosidad y estimulado por unos hechos tan excepcionales, Acaymo se presentó con todos los suyos en las playas de Chimisay, quedando paralizado al contemplar una imagen de mujer mucho más perfecta que las diosas en que él mismo creía.

Mandó entonces que la llevaran a su palacio, pero los presentes como tenían delante el escarmiento de los pastores que la habían hallado no se atrevían a tocarla. Tuvieron que ser los propios desgraciados de antes quienes se atrevieran a tocar la imagen de aquella mujer.

La sorpresa fue inaudita porque los dos pastores quedaron sanados de sus heridas instantáneamente.

Más asombrado Acaymo, cuando aquellos dos forzados pastores, comenzaron a caminar llevando en sus brazos la aparición, él y su cortejo los seguían temerosos hasta llegar al sitio de Chinguarro, habitáculo real, donde colocaron la imagen sobre las mejores pieles que adornaban la estancia.

Muy pronto el reyezuelo hizo partícipes a sus compañeros del regalo extraordinario e incomprensible que tenía a su lado.

Se dice que los menceyes vecinos reinantes entonces en Taoro, Tacoronte, Naga, Adeje y Tegeste. Todos visitaron a la aparecida.

El historiador dominico fray Alonso de Espinosa, recoge esta tradición y él mismo se encarga de decir que los nativos la contaban cuando los españoles llegaron a la isla.

La conquista del archipiélago tuvo lugar entre los años 1464 y 1495. Las estatuas de los principales menceyes adornan ahora la plaza, mirando al mar desde la orilla.

Nosotros nos limitamos a recoger la hermosa tradición, que incluso llega más lejos, pues se habla de que en un intento de trasladar la imagen a otra isla, un tal Sancho Herrera, hijo tercero de los reyezuelos de Chimizay, de noche se la llevó a Fuerteventura, depositándola en su iglesia parroquial. Pero al llegar un día se encontró con la imagen se hallaba mirando a la pared, siendo imposible volverla hacia quienes querían dirigirla sus oraciones.

Comprendió Sancho de Herrera que la imagen deseaba ser venerada en el lugar de su aparición y la devolvió a Tenerife.

Tan bellas y lozanas leyendas es posible que pretendan demostrar que se trata de un notorio caso de cristianización de un lugar de culto pagano.

Probablemente nos hallemos ante una divinidad protectora femenina a la que los nativos daban culto y que, al encontrarla, los cristianos supieron transformar en objeto de culto, dedicándola una capilla bajo la advocación de la Candelaria.

Este nombre de Candelaria pudo deberse a uno de sus milagros más célebres, del que existe, con fecha de 25 de junio de 1497, la correspondiente acta notarial, extendida con motivo de la visita del obispo de Canarias, Diego de Muros, a este lugar: «En la villa de San Cristóbal, en el lugar de Goymar de la isla de Tenerife..., se tiene por público y notorio el milagro de aparecer cada año unos días antes de la Purificación cierta cantidad de cera hecha en panales (candelas) para la celebración de la candelaria» (1).

La fiesta de la Candelaria en la iglesia y en esas fechas de febrero se remonta a los primeros siglos del cristianismo en la isla.

Muy pronto, el segundo adelantado, Pedro Fernández de Lugo, or-